

## EL MUSEO DE LA BRUMA

Galo Ghigliotto

LAUREL

Falta un museo  
que muestre a los visitantes  
el significado del lugar

CHRISTIAN FORMOSO,  
*El cementerio más hermoso de Chile*

La bruma espesa, eterna...

GABRIELA MISTRAL,  
*Desolación*

La familia cree que es un hombre limpio

ELVIRA HERNÁNDEZ,  
*Los trabajos y los días*

**PIEZA N° 245**

Lady Wendy MacLean, *née* Birmingham (1899)

La mujer aquí retratada portando collares indígenas y un cintillo de plumas de caiqué es Wendy MacLean. Es bien sabido que la prometida de Walter Kurtz en *El corazón de las tinieblas* se inspiró en miss Wendy, quien, tras guardar el luto correspondiente después de la desaparición de Kurtz en África, conoció en su natal Inglaterra a Colin MacLean, ciudadano escocés que había emigrado a Punta Arenas para buscar fortuna. Desde ese confín del mundo MacLean enviaba regalos exóticos a su prometida, como la serie de joyas y collares fabricados por fueguinos con los que ella posa en esta fotografía. Tras amasar una fortuna considerable en oscuras labores, Colin MacLean regresó a Gran Bretaña y en 1904 contrajo matrimonio con Wendy Birmingham.

Inv. n°: 281

Material: gelatina de plata sobre papel

Dimensiones: 24 x 16,3 cm

Sala: P

**PIEZA N° 258**

Joseph Mengele junto a la estatua ecuestre  
de Pedro de Valdivia (Santiago, 1957)

El hombre de cabello oscuro que aparece a la izquierda en esta fotografía es Joseph Mengele, el Ángel de la Muerte; a su derecha, borroso a causa de un movimiento de último minuto, un hombre que podría ser Walter Rauff. Se presume que la imagen fue tomada por el aviador alemán Hans Ulrich Rudel, residente en Buenos Aires, a la llegada de Mengele a Chile, antes de recorrer el país y antes de trasladarse a Paraguay (Cambiretá), donde vivió escondido entre los menonitas.

Inv. n°: 283

Material: papel fotográfico

Dimensiones: 12 x 14 cm

Sala: Ch-M

### PIEZA N° 93

Tanque de lubricante Swástica (Energina)

En 1908 sir Weetman Pearson fundó en el estado de Veracruz la Compañía Mexicana de Petróleo El Águila S.A., con dos productos estrella: el aceite y la gasolina marca Energina, que por su logo llegó a ser más conocida como «Swástica». El símbolo, mundialmente conocido años más tarde, ocupaba un espacio preponderante en el diseño de los envases. En 1933 la empresa Shell, a la sazón propietaria de la marca, decidió cambiar la denominación y el diseño de esta gama de productos.

Este tanque de lubricante de boca ancha fue propiedad de Alexander MacLennan, quien lo utilizó para guardar objetos personales hasta el día de su muerte, en 1917.

Inv. n°: 293

Material: lata, pintada al esmalte

Dimensiones: 44 x 30,2 x 10 cm

Sala: P-R

### PIEZA N° 91

Página de *La Alianza Liberal* de Puerto Montt con inserción sobre los muertos de Baker, 11 de octubre de 1906, año XIII, n° 782

EXTRACTO:

LOS MUERTOS DE BAKER

PEDIMOS JUSTICIA

Reclamamos con energía, en septiembre, cuando supimos que la Cía. Sociedad Explotadora del Baker –propiedad de Braun & Blanchard– tenía en abandono punible a doscientos trabajadores. Cuando fue intendente suplente don Germán Oelkers, dirigió representación sobre este asunto al Ministro, y este contestó que «eso no era asunto del Gobierno». Entre tanto, ciudadanos chilenos morían como moscas por el hambre y el escorbuto, víctimas de la avaricia de una Sociedad de opulentos.

Después de tres largos meses de martirio, los sobrevivientes de la hecatombe han llegado a sus hogares y sus narraciones nos horrorizan. Hemos pedido una investigación y el castigo de los culpables. No tenemos noticia de que esa investigación haya comenzado. Es necesario que se sepa que no estamos dispuestos a dejar de lado este asunto. Necesitamos justicia completa. Damos a continuación la lista de los muertos con la fecha de la muerte. Faltan los nombres de los ocho que llegaron enfermos y murieron en Dalcahue.



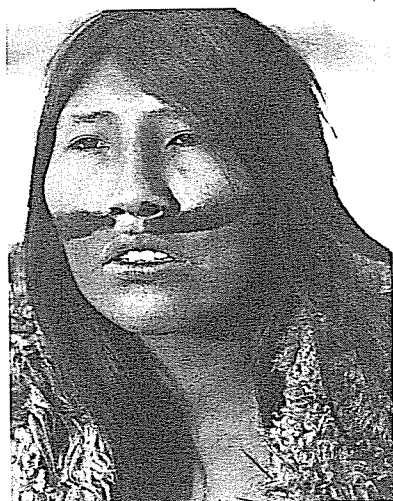
Mes de julio			Mes de agosto			Mes de septiembre		
Nº	Día	Nombre	Nº	Día	Nombre	Nº	Día	Nombre
1	7	Santiago Barrientos	9	1	Pedro Guerrero	34	1	Santiago Trujillo
2	11	Miguel Soto Ojeda	10	2	Clodomiro Barrientos	35	2	Daniel Barrientos
3	12	Gabriel Ojeda	11	2	Melchor Navarro	36	4	Guillermo Navarro
4	14	Emilio Pérez	12	3	Guillermo Millapel	37	6	Braulio Obando
5	27	Víctor Yahuel	13	7	Juan Ruiz	38	7	Ignacio Paillante
6	28	Isaías Barrientos	14	8	Santiago Torres	39	8	José Rosas Tribiño
7	29	Hipólito Ojeda	15	9	Francisco España	40	10	José Dolores Ampuero
8	20	Pedro Jil Oyarzo	16	11	Román Díaz	41	10	Agustín Yahuel
			17	11	Juan Pedro Triviño	42	10	Juan Vidal
			18	14	Juan de Dios Ruiz	43	10	Santiago Millapel
			19	17	Antonio Barrientos	44	12	Santiago Barrientos Barrientos
			20	19	Juan Pedro Sánchez	45	15	Manuel Ojeda
			21	21	Rudecindo Aguilante	46	16	Juan de Dios Ampuero
			22	22	Francisco Díaz	47	16	Cirilo Aguilante

Mes de julio			Mes de agosto			Mes de septiembre		
Nº	Día	Nombre	Nº	Día	Nombre	Nº	Día	Nombre
			23	23	Hermenegildo Aguilar	48	16	Olegario Vidal
			24	24	Manuel Telcán	49	18	Aureliano Runin
			25	25	Pedro Antonio Villegas	50	18	David Velásquez
			26	27	Enrique Díaz	51	18	Julián Toro
			27	27	José Ulloa	52	18	Santiago Alarcón
			28	27	Francisco Ruiz	53	21	Ramón Millapel
			29	27	Enrique Cárdenas	54	21	Victoriano Caro
			30	28	Eusebio Barría	55	22	Prudencio Caro
			31	29	Casimiro Soto	56	25	Inocencio Anquintin
			32	29	Juan B. Agüero	57	25	Juan Gallardo
			33	30	Ramón Barrientos			

Inv. n°: 307  
Material: hoja de periódico  
Dimensiones: 432 x 279 mm  
Sala: P

### PIEZA N° 25

Ángela Loij por Martín Gusinde (1923)



La selk'nam era una sociedad patriarcal. El rito del *hain*, como tantos otros, tenía como objetivo recordar una y otra vez la supremacía masculina sobre la mujer. Sin embargo, la última sobreviviente selk'nam no mestizada fue una mujer, Ángela Loij, nacida en 1903 en la Estancia Sara en Río Grande. Ángela alcanzó a vivir la vida silvestre de su pueblo, y dejó testimonio de sus tradiciones y mitos a la antropóloga Anne Chapman. Ángela Loij tuvo dos hijas y un hijo, que murieron jóvenes y sin dejar descendencia.

Inv. n°: 311

Material: gelatina de plata sobre papel

Dimensiones: 50 x 38 cm

Sala: P

### PIEZA N° 87

Cosechadora de oro

Esta máquina es posiblemente la única de las «cosechadoras de oro» inventadas por Julius Popper que se ha conservado. Fue patentada por él, primero en Argentina en 1891 y luego en otros países. Según Popper, era capaz de lavar 75 toneladas de arena por día, y de extraer el 99,6% del oro que contuvieran.

En el cartel promocional que diseñó se podía leer: «Este aparato reúne las mejores condiciones mecánicas de afinidad química y electricidad para la más rápida y completa extracción de oro. Su manipulación es sencilla. Las características que lo hacen superior a cualquier otra batea son las siguientes:

1. Reduce la necesidad de agua a 5 litros por tonelada de arena;
2. Lava 75 toneladas de arena por día de 10 horas y extrae el 99,6% del oro;
3. Mantiene la superficie amalgamada, brillante, y suprime la necesidad de baños de mercurio;
4. Es transportable, no tiene ajustes complicados; puede manejarla cualquier individuo sin conocimientos en la materia; y
5. Dificulta el desfalco de oro por parte de los operarios».

Inv. n°: 113

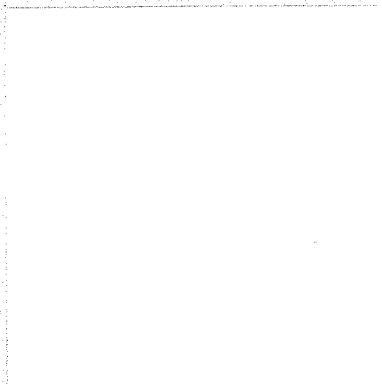
Material: hierro fundido, madera

Dimensiones: 2 x 3,4 x 1,7 m

Sala: P

**PIEZA Nº 176**

Lata de spray



Con esta lata de pintura en spray de color rojo, en febrero de 1984 la famosa cazanazis Beate Klarsfeld realizó una «funa» fuera de la casa de Walter Rauff, en Las Condes, Santiago de Chile, mientras se gestionaba su segundo petitorio de extradición. La protesta perseguía llamar la atención sobre el hecho de que un antiguo jerarca nazi estuviese viviendo con toda libertad en Chile. Klarsfeld se acercó lo suficiente como para escribir «SS Rauff» en la puerta de entrada. Fue detenida por dos diligentes carabineros que, bajo aviso, se encontraban en el lugar.

Inv. nº: 317

Material: aluminio y pitón de plástico

Dimensiones: 188 x 66 mm

Sala: R

**PIEZA Nº 342**

Relación de Adèle Petit, campesina de Pointoise (1889)

Estábamos en plena cosecha cuando vi pasar un bulto entre los árboles; siguió hasta el granero y ya no apareció más. En un principio no supe qué podría ser, porque no parecía un animal ni un ser humano. Francamente, no era nada que yo conociera. Entonces recordé algo que la tarde anterior había escuchado comentar a una pareja en la rue du Gisors, justo frente a la casa del padre Gallien: unos salvajes se habían escapado del Jardin d'Acclimatation. Era un hombre con sombrero de copa el que se lo dijo a la mujer, y le causó un espanto terrible; se llevó las manos a la boca y dio un gritito. El hombre agregó, con aire terrorífico, que se trataba de una familia completa de salvajes, que habían sido exhibidos en París y eran peligrosos. Recuerdo que sentí mucho miedo. Tiempo atrás oí a Ophélie Fourneau hablando de su visita al Jardin, y dijo que los salvajes eran enormes y muy feos. «Más animales que hombres», había dicho. Así que cuando vi el bulto desplazarse hacia el granero pensé que los prófugos de París habían llegado hasta Pointoise y todos estábamos en peligro.

Le avisé a Mathilde del bulto. Ella soltó una carcajada y me dijo que la capital estaba muy lejos –aunque son sólo 34 kilómetros– para que llegaran hasta acá: «Deben ser unos niños, seguro escucharon la noticia y están haciendo una broma». Me quedé en silencio. Éramos seis personas trabajando en ese momento, algunas cosechaban, otras ensacábamos. Como es natural, las que estaban agachadas sacando las papas no habían visto nada. Seguí con la vista fija en el granero pero no percibí más movimiento. Dudaba si avisar a las demás o no, hasta que no aguanté las ganas y lo comenté en voz alta: «¿Supieron de los salvajes que escaparon? Acabo de ver un bulto escondiéndose en el granero». «Deben

ser niños disfrazados -dijo Camille-; ya, hay que apurar la cosecha.» Mathilde y las demás siguieron trabajando, pero a mí la curiosidad me estuvo matando. A pocos metros de ahí estaba Pierre con sus hermanas cosechando un manzano. Pierre estiraba una vara con gancho hacia la copa del árbol mientras las tres chicas recogían las frutas que caían al suelo y las echaban en sus canastos. Fui donde Pierre y le pedí que me acompañase a mirar al granero. Le dije que divisé algo que podían ser niños o animales. Él lo tomó como una aventura y me acompañó. Cuando iba a apoyar el gancho en el árbol le dije «Mejor llévalo, puede ser peligroso». Mathilde dijo algo que no entendí y todas las chicas rieron. Nos acercamos lentamente y oímos un murmullo apenas audible, una jerga fantástica en voces infantiles. Le hice un gesto a Pierre para que diéramos la vuelta a la construcción pero cayó presa del pánico y gritó «¡Quién está ahí!», quizás esperando que salieran niños a asustarnos y se revelara que todo era una broma. En cambio, escuchamos cosas que caían al piso, respiraciones agitadas en gruñidos y ruido de pasos. Pierre me había tomado de un brazo pero me solté y alcancé a ver justo cuando se perdían, tras unos fardos de paja, cinco seres semidesnudos, con pieles de animales y cabellos oscuros. «¡Son los salvajes!», le grité. Cuando dije eso, uno de los del grupo se volteó y me miró: era un niño, uno de ojos grandes y marrones muy hermosos. Era el más pequeño del grupo, los otros eran dos adultos y dos muchachas; luego siguió corriendo junto con ellos. Pierre se puso tartamudo del susto, de verdad. Empezó a balbucear sin terminar las palabras y sólo se le entendió que era mejor dar aviso a los gendarmes. Le dije que debíamos seguirlos, para verlos mejor, porque yo estaba segura de que había niños entre los salvajes. Pero él corrió hacia el pueblo y yo volví al trabajo.

Por la tarde, después de varios relatos de gente que los había visto en el sector, la policía comenzó la búsqueda. Yo,

de camino a casa, escuché una conversación entre dos mujeres apoyadas en una cerca. La del lado de adentro decía que su marido había visto en la otra orilla del río a un grupo de salvajes bebiendo agua apaciblemente. «Todo el mundo dice que son peligrosos», remató. Recordé los ojos del niño, su cara manchada de tierra y hollín. «No pueden ser tan peligrosos», pensé. Fui caminando hacia el río y llegué hasta a la fábrica. Pero el Oise era ancho y no era complicado esconderse en ese lugar. No divisé a los salvajes ni a nadie, así que volví a casa.

Cada día, antes y después de ir a trabajar a la cosecha, recorrí Pontoise con la ilusión de topármelos en algún lugar. Francamente no sabía qué haría, pero me imaginaba comunicándome con ellos sin problemas. Fue más o menos así hasta el día del hallazgo, unos seis días después de haberlos visto por primera vez: una de las niñas salvajes fue encontrada muerta junto a un pequeño puente de un brazo del Oise. Yo no la vi, pero todos decían que debía tener unos quince años. Pensé que debía ser más pequeña, porque los salvajes eran altos. En realidad debe haber tenido unos doce. No tenía daños, según supe, al parecer fue una enfermedad o algo tóxico. El hecho de que su clan haya dejado el cadáver ahí, rodeado de hojas, junto al río fue argumento suficiente para creer en su carácter salvaje. Recuerdo al señor Agrapart, en la Place des Moineaux, rodeado de personas mientras se quejaba de la lentitud de los gendarmes para atrapar a los indios, que podían atacarnos en cualquier momento. No sé qué hicieron con el cuerpo de la niña, es posible que lo hayan cremado.

Dos días más tarde llegó la noticia: habían capturado a los salvajes en Ennery. A los que quedaban, porque sólo hablaron de dos adultos, hombre y mujer, y un muchacho de siete años. Recordé la mirada del niño y pensé que se trataba del mismo. Pero en el grupo eran cinco. Aunque costaba distinguirlos porque todos usaban los cabellos largos, me había parecido

que la quinta salvaje debía ser una muchacha de unos diecisiete años o poco menos. Me pregunté si sería prudente ir a la policía y mencionar que faltaba alguien. Pensé que en cualquier momento alguien, en algún lugar entre Pontoise y Ennery, encontraría su cadáver sobre la cebada.

Esa noche y las que siguieron no pude dormir. Pensaba en esa muchacha, sola, sin su familia, en medio de un terreno desconocido. Por suerte todavía quedaba verano, aunque no mucho. Me costaba imaginar qué sería de esa niña cuando el frío comenzara. Decidí pedirle a Pierre su caballo para ir a Ennery al día siguiente. Son sólo tres kilómetros, pero la verdad es que no haría el camino en línea recta. Si Pierre se atrevía a decirme que no, lo amenazaría con contarle a todo el mundo cómo se había puesto a tartamudear al ver a la familia de salvajes.

El día del viaje me puse una falda larga y rosa que me había hecho con unas telas llegadas en el verano y una blusa blanca, muy fresca. Decidí tomar el viejo camino hasta Ennery, para luego regresar por la orilla del Oise. Si habían atrapado a la familia en el centro del pueblo, era muy probable que la muchacha hubiese escapado hacia el río. Me fui montada de asentadillas, lento, para observar mejor el camino y buscar cualquier signo que delatara su presencia. Todo el trayecto pensé: ¿cómo haré para comunicarme con esa niña una vez que la encuentre? Llevé una canasta con frutas y pan para ofrecerle, esperando que no me rechazara.

Llegué hasta Ennery y no encontré nada particular en el camino: cultivos de trigo, de cebada, silos de paja, árboles solos. En el centro del pueblo la misma lasitud que envuelve a Pontoise. Empecé el regreso, esta vez por el camino del río. No llevaba ni dos kilómetros cuando tuve la visión más extraña de mi juventud, y quizás de mi vida completa: a la orilla del Oise, un hombre alto y de cabellos blancos y larga barba del mismo color pintaba sobre un bastidor de tela.

Llevaba unos zuecos enormes, muy puntudos, una chaqueta puesta a la manera de capa sobre la espalda, un delantal negro y un sombrero de ala ancha color negro. Su atril era muy particular: era en realidad un carro, con una pequeña bandeja bajo el lienzo, para los pinceles, y abajo, junto a las ruedas como de carreta, un cajón para guardar cosas. Me acerqué y vi que pintaba la orilla del río. Me acerqué un poco más y cuál no sería mi sorpresa al distinguir a la muchacha salvaje, sentada sobre un banco de arena, desnuda, con el brazo derecho tomando su pelo negro y greñudo y el torso apoyado sobre el brazo izquierdo estirado. Bajé del caballo y lo llevé de la brida. Me llamó mucho la atención que la mujer retratada no era de piel oscura como la modelo, sino blanca y de cabello castaño claro. Incluso sus formas eran más redondeadas y rosas. Me pregunté si el pintor tendría algún problema en la vista, que veía distorsionada a la salvaje como si fuese una europea. Iba a preguntarle cuando se volteó y me habló: «¿Quiere posar con ella?». La muchacha me miraba con expresión pasiva y ojos lánguidos, pero sin tristeza. Me costaba entender cómo podía estar así de calma. Masticaba una manzana sin avidez, sin hambre.

«Está bien», dije, y empecé a sacarme la falda.

Inv. n°: 331

Material: hoja de carta manuscrita

Sala: Ch-M



## PIEZA N° 122

Diego Izquierdo Menéndez

Este anciano de largay frondosa barba blanca, vestido con mameluco rojo, es Diego Izquierdo Menéndez, uno de los bisnietos de José Menéndez, el prohombre de la Patagonia. Su traje se ve empolvado porque acaba de concluir su participación en el Rally París-Dakar Chile del año 2010. Para pasar el cansancio bebe cerveza. Tanto por su edad como por su atuendo ha llamado la atención del público y de la prensa, quienes lo han apodado cariñosamente «Papá Noel».

Es su primera aparición pública después de haber pasado años prófugo. Buscado por haber sido uno de los tiradores en el atentado en que resultó asesinado el general René Schneider, el 22 de octubre de 1970, estuvo en Argentina hasta 1978, cuando fue indultado por la Ley de Amnistía.

Inv. n°: 337

Material: fotografía de periódico

Dimensiones: 108 x 69,75 mm

Sala: P-R

## PIEZA N° 64

*The Daily News*, 18 de septiembre de 1882

En la página 5 de este número del diario londinense *The Daily News* hay una entrevista a un tal «teniente Bove», quien dice haber pasado por Tierra del Fuego y mantenido contacto con los «fueguinos». El periodista introduce su nota con un sesgo ominoso: «Si alguien desea tener una idea viva de la miseria humana y el malestar, la nomenclatura de los fueguinos costeros ofrece una amplia oportunidad de satisfacerlo». Sobre el clima de la zona, lo resume citando esa famosa balada que dice «It rains, it blows, it hails, it snows». Bove señala que es difícil definir el color de piel de los indígenas, porque siempre tienen el cuerpo cubierto de pintura. Aunque enseguida el diario aclara que «sus observaciones no configuran un aporte científico a la disciplina de la etnología», le permite resaltar las buenas condiciones de Tierra del Fuego para producir ganado ovino con la siguiente afirmación:

«El único problema en este plan es que, según parece, sería necesario exterminar a los fueguinos».

Inv. n°: 347

Origen: obsequio del British Museum a raíz de la Fiesta Nacional de Chile

Material: Papel periódico

Dimensiones: 43,18 x 27,94 cm

Sala: P

## PIEZA Nº 5

Pablo Neruda, «Los luchadores de la libertad».

*El Clarín*, 2 de julio de 1965

... Hace poco en Chile fue detenido uno de los mayores criminales de la guerra pasada. Creo que se llamaba Rauff. Sí, se llamaba Hermann Rauff.\* Desde hace años vivía tranquilamente en la Patagonia chilena. Era un comerciante acreditado. Pero es curioso: su comercio, que era próspero, consistía en la venta y transporte de camiones. Porque este próspero comerciante se dedicó en la guerra pasada también al transporte de camiones. Dentro de sus camiones viajaban seres humanos, pacíficos habitantes de Ucrania o judíos, traídos de Europa central hacia los campos de muerte. Rauff descubrió una pequeña martingala que le valió muchos ascensos. Conectó los tubos de escape del camión con el interior de él, y así, mientras transportaba a hombres, mujeres y niños, estos iban siendo asesinados durante el viaje. Nada de complicaciones. Como él mismo dirigía estos

\* Neruda no se equivoca; su nombre completo era Hermann Julius Walter Rauff Bauermeister.

transportes, trabajaron muchos centenares de camiones y centenares de miles de personas fueron sacrificadas dentro de los camiones gracias a la invención de Rauff.

La justicia chilena tiene fama de ser muy escrupulosa. En efecto, la hemos visto condenar a un ladrón de gallinas a cuatro años de cárcel. Y más aun para quien ha robado un cordero. Pero, en cuanto al criminal de guerra Rauff, lo eximieron de toda responsabilidad. Vive libremente en Chile y sigue siendo un próspero negociante en el transporte de camiones. No se puede negar que este hombre entiende de camiones. No puedo negar tampoco que la justicia de mi país, su Corte Suprema, tiene un concepto bien ajustado de la realidad: debe proteger a las personas que organizan con eficiencia el asesinato colectivo y el transporte de camiones.

Y bien, todo esto lo digo porque después de la Guerra Mundial la América Latina se llenó de criminales. Continúen o no gozando de su existencia estos criminales no es asunto de mi artículo. Porque no se trata de la casualidad. Si la Alemania nazi hubiera ganado la guerra, también se habría llenado de nazis. Pero estos no habrían viajado a países tan lejanos para desarrollar la venta de camiones o terminar muertos dentro de un baúl, sino para establecerse de una manera más definitiva.

(...) No hay duda de que un vasto plan para apoderarse de América Latina estaba en estudio. Los documentos y las conversaciones que se han recogido en Chile no dejan lugar a dudas de que allí, en el extremo austral, se estaba preparando, con elementos políticos y militares enviados de Alemania, una insurrección que primero daría autonomía a las minorías alemanas, luego habría terminado por devorar a Chile entero con sus habitantes y sus inmensos recursos minerales. De este sueño despertaron los hitlerianos por las victorias del Ejército Rojo.

Si la Unión Soviética no hubiese dado su sangre, su inteligencia, su coraje desesperado y su firmeza inagotable para terminar con el imperio nazi, la independencia de los países latinoamericanos sería en esta hora un sueño del pasado.

Ya no salen a relucir en Chile, en las calles, las banderas con la swástica fatídica. Pero no estamos seguros de que esas banderas no estén bien dobladas y con bolitas de naftalina en algún cofre, preservadas de la humedad del extremo sur, en mi patria.

Por eso es necesario recordar, ante la soberanía creciente de la Alemania Federal, lo que pasaba después de tantos años con los colonos alemanes que vivieron pacíficamente en Chile y en América Latina durante tanto tiempo. El viento revanchista hizo que sus banderas se agitaran y contribuyeron a la tempestad de odio y muerte que desangró a nuestra época. Nadie debe olvidarlo. Pero, ante todo, los pueblos latinoamericanos, naciones pequeñas que no terminan aún de construirse, siempre amenazadas por otras poderosas naciones, deben recordar, estudiar y profundizar lo que hubiera pasado si la victoria hubiese estado de parte de los implacables escuadrones nazis. Y cuando esto sea recordado y estudiado, que comprendan estas naciones el significado de la inmensa batalla victoriosa que en plena estepa, en el frío, en el viento lleno de nieve, dieron los hijos de la Unión Soviética para preservar la dignidad y la libertad de todos los pueblos.

Inv. n°: 347  
Material: papel de periódico  
Dimensiones: 432 x 279 mm  
Sala: R

## PIEZA N° 665

*Atlanta: proyecto para la fundación de un pueblo marítimo en  
Tierra del Fuego y otros escritos, de Julio Popper*

En este libro se compila una serie de textos de Popper, especialmente su proyecto para la fundación de un pueblo marítimo en Tierra del Fuego, donde analiza las potencialidades de la isla en términos de sus recursos agrícolas, minerales, forestales y marinos, entre otros. El volumen incluye su célebre conferencia en el Instituto Geográfico Argentino, el 5 de marzo de 1887, donde describió a los selk'nam por sus rasgos comunistas:

«Al principio los indios se mostraron muy afables (...) Pero, a poco andar, se notó una baja en las ovejas (...) Esto revelaba sus alarmantes tendencias comunistas. Era inútil explicarles que los caballos y ovejas, siendo propiedad del establecimiento, no debían ser considerados como guanacos. Los Onas no entienden de economía política: su sola teoría, expresada con ademanes, era esta: "Todo es guanaco: una oveja es guanaco chico; un caballo es guanaco grande". Demostrando siempre mayor preferencia por la carne de este último».

Inv. n°: 349  
Origen: donación de Gianna Schmitter  
Material: libro impreso  
Dimensiones: 15 x 21 cm  
Sala: P



### PIEZA N° 53

Los jueces que condenaron a Popper (1893)



Retrato de Metet, Watini y Toin, jueces de la comunidad selk'nam que llevaron adelante el juicio a Julius Popper. El procedimiento debió llevarse a cabo en ausencia del acusado, que por entonces vivía de incógnito en Bélgica. Fue hallado culpable y nadie impugnó la sentencia, que nunca pudo ejecutarse, puesto que Popper murió en Buenos Aires en extrañas circunstancias en junio de 1893.

Inv. n°: 357

Fuente: archivos Comunidad Selk'nam Internacional

Material: gelatina de plata sobre papel

Dimensiones: 35 x 27 cm

Sala: Ch-M

### PIEZA N° 731

Jean Baudrillard, *El melodrama de la diferencia* (fragmento)

No es evidente que el otro exista para todo el mundo. ¿Existe un otro para el Salvaje, para el Primitivo? Algunas relaciones son absolutamente asimétricas: uno puede ser el otro del otro, sin que el otro sea el otro de uno. Yo puedo ser el otro para él, y él no ser el otro para mí. Los alakalufes de la Tierra de Fuego fueron aniquilados sin que hubieran intentado entender jamás a los blancos, hablarles o negociar con ellos. Ellos se llamaban los «hombres», y no había otros. Los blancos ni siquiera eran diferentes: eran ininteligibles. Su riqueza y su asombrosa técnica ni siquiera les sorprenden. A lo largo de tres siglos de contactos, no adoptan nada de las técnicas blancas, siguen remando en esquifes. Los blancos los diezman y los matan, pero es como si no existieran. Serán aniquilados sin conceder nada a su alteridad. Jamás habrán sido asimilados, ni siquiera habrán alcanzado la fase de la diferencia. Serán aniquilados sin ni siquiera haber concedido a los blancos el honor de reconocerlos como diferentes. Son irrecuperables. Por el contrario, para los blancos son los «otros», seres diferentes pero humanos; lo suficiente por lo menos para evangelizarlos, explotarlos y después liquidarlos.

(...) No se trata de rehabilitar a los aborígenes, ni de abrirles un espacio en el concierto de los derechos del hombre, pues su desquite está en otra parte: en su poder de desestabilización del imperio occidental. Es su presencia fantasmal, viral, espectral, en las sinapsis de nuestro propio cerebro, en los circuitos de nuestro propio cohete: Alien. Es la manera con que los blancos han atrapado el virus del origen, de la indianidad, de la aborigenidad, de patagonicidad. El asesinato de todo eso pasa a nuestras venas, por transfusión

inexorable, por infiltración. El desquite de la colonización no es en absoluto la reapropiación por los indios o los aborígenes de su territorio, de sus privilegios, de su autonomía —esto es nuestra victoria—, sino la manera en que los blancos se han sorprendido misteriosamente por el desorden de su propia cultura, embargados por una lentitud ancestral, y sucumben sutilmente a la influencia del «Dreamtime». Fenómeno mundial de inversión. Descubrimos que nada de lo que creíamos superado, en la marcha irresistible hacia el progreso universal, nada de eso ha muerto, que todo resurge, no como vestigio arcaico o nostálgico (pese a nuestro prodigioso trabajo de museificación), sino con una vehemencia y una virulencia absolutamente modernas en el corazón de nuestros sistemas ultrasofisticados y ultravulnerables, estropeándoles sin esfuerzo alguno. Ahí está el destino de la alteridad radical, que no se resolverá en una homilía de la reconciliación ni en una apología de la diferencia.

Inv. n°: 359

Origen: donación de Alain-Paul Mallard

Fuente: *La transparencia del mal. Ensayo sobre los fenómenos extremos*  
(Barcelona, Anagrama, 1991)

Sala: sin asignar

## PIEZA N° 62

Fragmento del muro de El Páramo

Popper construyó, en 1886, un poblado alrededor de la Bahía San Sebastián que sirviera como base de sus explotaciones auríferas. Ahí se llegó a extraer, se dice, medio kilo de oro al día. Luego de un enfrentamiento con indígenas selk'nam en las cercanías de El Páramo, Popper mandó a construir un muro para que los indígenas no pudieran penetrar el campamento ni atacar por sorpresa. Una vez abandonada la factoría (*circa* 1894), sus construcciones sufrieron daños a causa de las condiciones climáticas y el paso del tiempo; el más afectado fue el muro, pisoteado también por animales y visitantes. Este fragmento pétreo todavía conserva a sus costados restos del barro que se usó en la construcción.

Inv. n°: 367

Material: bloque de cal, arena y piedrecillas

Dimensiones: 6,2 x 10,8 x 9 cm

Sala: Ch-M

## PIEZA N° 0

Retrato del ingeniero A. Morel y esposa (1945)

La edificación del Museo de la Bruma estuvo a cargo del ingeniero francés A. Morel, quien arribó a Tierra del Fuego acompañado de su esposa, Faustine, y una cuadrilla de trabajadores de nacionalidad española. Varios de los obreros se asentaron en la zona entre Punta Arenas y Ushuaia y ya no volvieron a su patria. En la fotografía, A. Morel y Faustine con atuendo de gitana.

Inv. n°: 373

Material: gelatina de plata sobre papel

Dimensiones: 21,6 x 10,8 cm

Sala: Ch-M

## PIEZA N° 34

Maqueta de la Residencia Beaulier de Punta Arenas

Esta maqueta corresponde a un modelo de la casa del famoso arquitecto francés Antoine Beaulier, constructor de importantes edificios en Punta Arenas. La vivienda fue construida en 1936 por el propio Beaulier para su uso personal. Es de estilo neoclásico francés, como otros edificios importantes de la ciudad también proyectados por Beaulier, como el Banco Anglo Sudamericano, la casa de Mauricio Braun, la casa patronal de la Estancia San Gregorio, de José Menéndez, la Cárcel Pública, el Cuartel de Policía, el Batallón Magallanes, el Edificio Violic, la Pescadería Municipal, el Taller Meric y la Residencia Hiriart.

El sistema constructivo es albañilería de ladrillos provenientes de la industria de Alejo Marcou. Las fachadas laterales presentan albañilería a la vista y un trabajo artesanal de ladrillo que se refleja especialmente en las ventanas, con arcos rebajados, y en la conformación de las cornisas y las molduras. La edificación es de dos pisos y un tercero en mansarda, con lucarna saliente; cuenta también con un sótano.

Después de la muerte de Beaulier (1946), quien no dejó descendencia, Sara Braun inició las gestiones para restaurar la mansión y donarla a la Cruz Roja de Punta Arenas. El acto de entrega, el domingo 25 de enero de 1948, fue una de las últimas apariciones públicas de la señora Braun, quien intentó disimular su presencia tras unos

lentes de sol. Su hermano Mauricio debió realizar el discurso en su nombre: «Es una enorme satisfacción para mí hacer entrega de este edificio a la institución por la que siento tanto cariño...».

Años más tarde la casa Beaulier pasó a ser Casino de Tripulaciones y Hospital Naval Provisorio. Entre 1973 y 1976 funcionó como centro de detención y tortura, y entre 1977 y 1980 fue sede de la Fiscalía de Organismos de Seguridad. Dice el Informe Valech (2004): «Fue el principal centro de torturas e interrogatorios de hombres y mujeres en Magallanes y la sede central del Servicio de Inteligencia Militar (SIM) en la región. Por este recinto pasaron la mayoría de los presos políticos de Magallanes durante el año 1973. Algunos detenidos señalaron que habían llegado directamente luego de su detención» (pp. 507-508).

Si bien la edificación tiene problemas de conservación y ha sufrido transformaciones, se han mantenido elementos distintivos, como la escalera de caracol que une la planta del primer piso con el sótano. Además, se reconocen los pasajes laterales del inmueble, que comunican el frontis con el patio trasero y los diecinueve escalones que unen el primer y segundo pisos.

Inv. n°: 379

Origen: encargo a sr. L. Terán

Material: Madera, cartón, cola, etc.

Medidas: 28 x 21 x 19 cm (64 piezas)

Sala: P-R

## PIEZA N° 218

*Atardeceres*, óleo de Walter Rauff (s.f.)

«Se ha visto belleza, pero nunca como la de un atardecer frente a la casa de Walter Rauff, a orillas de la breve Bahía de Porvenir. Bahía Chilota se ve al frente, difuminada, escondida detrás de un cerro que se adivina por el costado derecho; se aprecia la salida de algo como una herradura, que guía la mirada hacia una sucesión de bancos de tierra o penínsulas; luego mar y más tierra y luego más mar y, al fondo, una enorme cordillera entre la cual debe estar Punta Arenas. Cuando el cielo está despejado, o escasamente nublado, como es la mayoría del tiempo, el sol viene a caer ante los ventanales, frente a una banca que hay delante de la casa, donde uno puede sentarse y sentir el viento y verlo mover las ramas, las espigas, la avenilla, que tiritita histérica cuando la brisa se levanta. El sol empieza a caer en línea recta y rápido sobre el horizonte. Hay un punto en que su caída se aletarga y la bola de fuego se ensancha cuando está a punto de tocar la tierra. Pareciera meterse entre la cordillera de Punta Arenas y una de las penínsulas que se divisan, y ahí, como si fuera una gota de oro que entra en contacto con una superficie caliente —una cobertura de hielo inexplicablemente candente—, se derrite y arroja su luz hacia los costados en rayos que parecen oro líquido, ensanchando la delgada línea que se mantiene por un instante sobre el horizonte, como si de ahí goteara hacia el fondo, hacia el fondo invisible del universo. Una vez escanciado el sol, las

tonalidades reparten su bella luz alrededor; la Tierra del Fuego se tiñe como nadie imagina que la isla de los selk'nam pudiese hacerlo. Las nubes toman protagonismo y empiezan a dispersarse, agotadas, como un rebaño de ovejas sucias que pasta sobre la pradera. El resto de la luz parece más bien el contorno de algo que brilla al fondo. El momento se prolonga y la noche se niega a caer. Se niega a caer la noche y siguen las nubes pegadas en el cielo, como si no fuera sino un cuadro pintado por alguien, quizás por el mismo Walter Rauff, cansado, agotado, o quizás por otro pequeño pintor germano nacido en Braunau, uno que pinta un paisaje triste, sin sol pero con luz, sin noche pero lleno de oscuridad. Algunos pájaros parecieran rendir tributo a la luz: se forman, flotan con las alas extendidas, suspendidos sólo por el viento. El mar empieza a picarse, la superficie se vuelve puntillosa y da la sensación de que el óleo se encabrita sobre la tela. El viento es frío y no cesa. Corre hacia el interior. Pareciera que Walter Rauff está aquí, sentado en su banca, solitario. El viejo siente frío pero también sed, y abre una cerveza. Las lenguas de tierra comienzan a fundirse en una masa oscura. Las luces de un faro se encienden a lo lejos; parece una hormiga de fuego, la testa fulgurante. Escarba algo en el suelo y levanta su cabeza luminosa para cuidarse la espalda. Pero es imposible no percatarse si alguien se aproxima a través del mar a esta bahía.

La belleza tiende a ocupar toda el área del pensamiento, incluso aquella destinada al remordimiento. El espectáculo del atardecer, el líquido derretido a lo ancho del horizonte, la calma, la inminencia de algo...»

Inv. n°: 383

Material: voz, registro WAV

Dimensiones: 266 MB

Sala: R

## PIEZA N° 80

Listado de personalidades detenidas en el campo  
de concentración de Isla Dawson

- |                              |                              |
|------------------------------|------------------------------|
| • Abel Paillamán             | • Elvio Yáñez Pelúa          |
| • Abramor Gonzáles           | • Enrique Reyé               |
| • Aldo René Mayor Olivos     | • Eugenio González S.        |
| • Alejandro Lorenzo Olate    | • Fernando Flores            |
| Levet                        | • Francisco Alarcón          |
| • Alfredo Dante Corte Bernal | Barrientos                   |
| • Aníbal Palma               | • Francisco López            |
| • Aniceto Rodríguez          | • Francisco Márquez          |
| • Anselmo Sule               | Fuentealba                   |
| • Antonio González Yaksic    | • Fulvio Molteni             |
| • Aquiles Gallardo B.        | • Gastón Arias               |
| • Aristóteles España         | • Gastón Prieto              |
| • Armando Figueroa           | • Gonzalo González           |
| • Arturo Cheuqueman          | • Guillermo Mel              |
| • Arturo Jirón               | • Guillermo Sáez Aravena     |
| • Benjamín Cárdenas          | • Gumercindo Arturo          |
| • Benjamín Teplizky          | Cheuquemán                   |
| • Bernardo Serón             | • Héctor Edgardo Avilés      |
| • Carlos González            | Venegas                      |
| • Carlos Ovando Cárdenas     | • Héctor Rubio               |
| • César Segundo Guelet Vera  | • Hernán Enrique Biott Vidal |
| • Clodomiro Almeyda          | • Jaime Arizaga Cristóbal    |
| • Custodio Aguilar De La     | • Jorge Arriagada            |
| Puente                       | • Jorge Kusanovic Bagafello  |
| • Edicto Garay               | • José Alarcón               |
| • Eleuterio Barra            | • José Coronado              |
| • Eliecer Segundo Valencia   | • José Fernández             |
| Oyarzo                       | • José Montiel               |

- José Rogelio Fernández Aguila
- José Rubén Moil Palma
- José Tohá
- José Vargas
- Juan Eterovic
- Juan Ruiz
- Juan Soto Pereira
- Juvenal Vásquez
- Libio Pérez
- Luis Enrique Alvarado Saravia
- Luis Alvarado
- Luis Corvalán
- Luis Valentín Valencia Ferguson
- Manuel Hernández
- Manuel Parada
- Manuel Reyes
- Mario Alarcón Barrientos
- Mario Galetovic Sapunar Marques
- Máximo Vidal P.
- Miguel Lawner
- Nelson Reyes
- Orlando Letelier
- Osvaldo Puccio (hijo)
- Osvaldo Puccio (padre)
- Pablo Ramón Jeria Ríos

- [illegible]

Inv. nº: 389  
Material: papel bond blanco, impresión láser  
Dimensiones: 432 x 279 mm  
Sala: R

**PIEZA Nº 119**

Listado de selk'nam llevados a Isla Dawson por barcos de la  
 Sociedad Explotadora de la Tierra del Fuego

Punta Arenas, Enero 15 de 1896

Lista de los indios fueguinos llevados a la Isla Dawson por la Sociedad Explotadora de la Tierra del Fuego

Año	Fecha	Nave	Cantidad
1894	Junio 30	Rippling Wave	8 indios
	Agosto 15	Kingfisher	12 mujeres
1895	Enero 19	San Pedro	3 mujeres
			3 niños
	Febrero 17	San Pedro	7 mujeres
			3 hombres
			7 niños
	Marzo 12	Antonio Ruiz	15 indios
	Marzo 19	Cabenda	19 indios
	Agosto 31	Antonio Díaz	8 id.
Septiembre 4	Rosaria	13 id.	
Total			110 indios

Nota: Este número no se puede considerar como exacto pues hay una o dos partidas de indios que fueron también llevados a la Isla y no quedó constancia. Así que la cantidad citada de 110 indios debe considerarse aproximadamente.

[Firma Braun]

Inv. nº: 397  
Material: hoja de libro de contabilidad  
Origen: Archivo UMG  
Dimensiones: 30 x 20 cm  
Sala: P



### PIEZA N° 88

Collar de orejas

Este curioso utensilio no es otra cosa que un largo collar hecho de orejas humanas disecadas. Se estima que pertenecieron a indígenas selk'nam de Tierra del Fuego. Según el donante de la pieza se trataría de un collar o rosario perteneciente a José Menéndez, quien lo utilizaba durante ritos de índole mística que se llevaban a cabo en una casa ubicada en el número 636 de la calle Colón, en Punta Arenas. Otras fuentes indican que el collar habría pertenecido a Alexander MacLennan, aunque esta suposición está menos difundida.

Inv. n°: 401

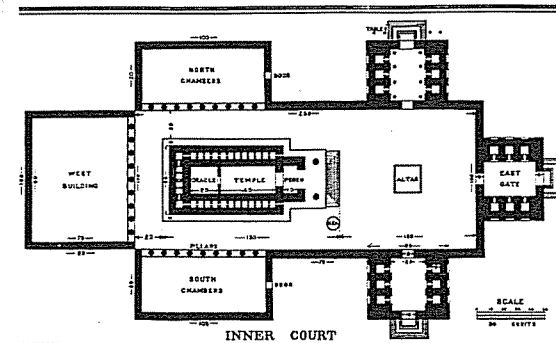
Material: piel y materia humana, hilo

Dimensiones: Largo 1,87 m; peso 1,4 kg

Sala: Ch-M

### PIEZA N° 162

Plano de la Sinagoga de Punta Arenas



Este plano, fechado en 1896, es una copia del plano original de la sinagoga de Talsen, en la actual Lituania, erigida en 1854. La obra, de dos pisos, se pensaba construir en Punta Arenas como un sencillo templo que contaría con un acceso de arco oval dividido en una pequeña puerta, en primer piso, y un ventanal superior en segundo piso; este sería el único acceso al templo. En el interior, el primer piso consideraba un vestíbulo y una sala de oración, además de las escaleras; en el segundo piso estaría la tribuna de las mujeres.

El emplazamiento pensado para la sinagoga inicialmente era en la calle de Atacama (actual Gobernador Carlos Bories) casi esquina con calle de Valdivia (actual José Menéndez). Por razones que se desconocen, la construcción de la sinagoga no se llevó a cabo. Hoy, en el lugar se encuentra la Galería Gran Palace (ex Cine Gran Palace).

Inv. n°: 409

Material: papel mantequilla y croquis al carbón

Dimensiones: 40 x 60 cm

Sala: Ch-M

### PIEZA N° 76

Poema «Liebesgedicht», de Covadonga Ona

Ha habido días  
Sin duda  
Días de flor macilenta,  
Por efecto del moho que todo  
lo arrastra  
bajo la tierra, muerta

Un corazón sin *sehnsucht*  
que brilla  
al interior de la piedra  
dientes y huesos  
pétalos de un sueño seco  
cuando no estás, cariño  
abrazado a mi suspiro

*Ich liebe dich*  
te he dicho  
tantas veces  
con una boca invisible  
muda  
que sólo habla  
a través de esta mano  
que escribe  
el maltrecho soneto  
de tu ausencia

Inv. n°: 419

Fuente: publicado con el seudónimo Doris Stephens  
en *El Magallanes*, 10 de octubre de 1895

Material: Papel de libreta, presenta hongos

Dimensiones: 110 x 77 mm

Sala: Ch-M

### PIEZA N° 74

Covadonga Ona en casa del cónsul Stubenrauch,  
2 de septiembre de 1895



El origen de esta fotografía y las condiciones en que se tomó no ayudan a explicar la naturaleza de las relaciones entre las esclavas selk'nam y sus propietarios. La retratada, la indígena conocida como Covadonga Ona, fue raptada a los diez años a causa de su belleza y llevada al hogar del empresario y cónsul alemán Rodolfo Stubenrauch, quien mantenía un séquito de «secretarias». Criada a la manera occidental, Covadonga aprendió español y alemán, y aparentemente olvidó su lengua nativa. Realizó incluso un viaje de cinco meses a Alemania, donde habría seguido un curso de economía doméstica. Vestía a la usanza europea, con guantes, encajes y peinado a la moda.

En la mano derecha sostiene unos pliegos y un bolígrafo, como para demostrar su afición por la escritura. Se cree que esta fue la causa de su desaparición, aunque a los vecinos de Punta Arenas que la conocían bien se les informó que había muerto debido a una tuberculosis fulminante. Algunas fuentes afirman que Covadonga Ona no



sólo se dedicaba a escribir poemas que ocasionalmente veían la luz en periódicos locales, firmados con seudónimos de raíz inglesa, sino que habría sido espía de los revolucionarios tehuelches comandados por el cacique «Felipe».

«Se comentaba que enviaba al cacique Felipe, revolucionario joven de origen tehuelche, todas las noticias que para él tenían interés, escuchadas en las tertulias de ganaderos en la casa Stubenrauch, muy especialmente las diligencias que se hacían para capturarlo. Cuando este murió a manos de los ganaderos, se encontró entre sus ropas una nota de Covadonga Ona», ha dicho el periodista Mario Isidro Moreno.

Ofició la misa fúnebre de la bella Covadonga el sacerdote salesiano Maggiorino Borgatello.

Inv. n°: 421

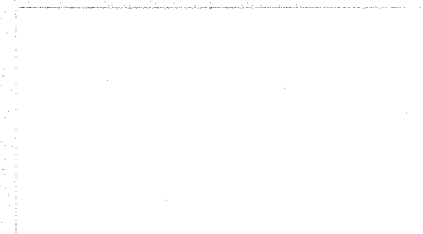
Material: gelatina de plata sobre papel

Dimensiones: 110 x 90 mm

Sala: P

## PIEZA N° 82

*El discurso de Weidenslaufer*, dibujo de Miguel Lawner



Este es uno de los 81 dibujos realizados por el arquitecto Miguel Lawner durante su confinamiento en diferentes campos de concentración desde septiembre de 1973 hasta junio de 1975. Corresponde a la serie «Isla Dawson», compuesta por 42 dibujos.

Se observa el interior de una barraca de cuyas cerchas cuelgan dos ampolletas para iluminar todo el recinto. Los prisioneros están parados a los pies de sus respectivos camarotes, formando dos hileras. Entre las hileras de prisioneros, al fondo, se divisa la figura de un uniformado, el oficial de marina Jaime Weidenslaufer Ovalle, quien dirige a los prisioneros el discurso que Lawner ha transcrito con letra imprenta junto a la imagen:

«PRISIONEROS, USTEDES TENDRÁN QUE OLVIDARSE DE LO QUE ERAN ANTES, VEAN LO QUE SON AHORA: CUALQUIER CONSCRIPTO VALE CIEN VECES MÁS QUE USTEDES. CHILE NO NECESITA INTELECTUALES VAGOS, OCIOSOS COMO USTEDES. CHILE NECESITA SOLDADOS Y HAREMOS DE USTEDES SOLDADOS CUESTE LO QUE CUESTE. ÓIGANLO BIEN, ¡CUESTE LO QUE CUESTE! EL QUE NO QUIERA ENTENDERLO SE QUEDARÁ EN EL CAMINO».

Inv. n°: 431

Material: tinta china sobre papel hilado

Dimensiones: 50 x 32 cm

Sala: R

### PIEZA N° 239

Inauguración del busto de José Menéndez en plaza Muñoz Gamero (1975)

Mateo Martinic menciona en su libro *Prohombres patagónicos* (2001) que la iniciativa de trasladar el busto de José Menéndez desde los jardines de la Estancia San Gregorio, de la familia Menéndez-Behety, surgió del alcalde José Evalterio Agüero, en 1971. El entonces alcalde, de filiación socialista, propuso ubicar el busto en uno de los costados de la plaza Muñoz Gamero, justo frente a la que fuera la mansión de Menéndez. Las obras se realizaron en 1972, pero la inauguración del busto fue suspendida por los difíciles momentos que vivía la región, a causa de las manifestaciones y los paros de estudiantes y empresarios contrarios a la Unidad Popular. Después del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, Agüero fue destituido de su cargo y reemplazado por el coronel Carlos Soto Pelizzari, quien esperó dos años más para autorizar la inauguración. El evento se realizó el 9 de febrero de 1975, en una ceremonia presidida por el gobernador de la región, general Manuel Torres de la Cruz, y el alcalde Soto Pelizzari.

En la fotografía, junto al busto recién inaugurado, se observa a los sonrientes Torres de la Cruz y Soto Pelizzari, acompañados del ministro consejero de la Embajada de España en Chile y de tres de los hijos de José Menéndez.

Inv. n°: 433  
Material: Polaroid  
Dimensiones: 8,8 x 10,7 cm  
Sala: R

### PIEZA N° 33

Diario de viaje de Thomas Rothe, primer zoólogo marxista (1886)

Día 13 (julio 7, 1886)

La desnudez es un rasgo distintivo de los selk'nam. Alguien podría decir que la desnudez es un rasgo distintivo de cualquier cultura primitiva y tendría razón, pero no todas las culturas primitivas se han desarrollado a temperaturas inferiores a los cero grados, soportando vientos que son capaces de congelar y extirpar orejas y narices en un solo soplo. Incluso en esas condiciones, sus mujeres han mantenido la costumbre de lucir los pechos al aire, los hombres de andar cubiertos sólo por un poco de pintura o piel de guanaco y, todos, de andar descalzos gran parte del tiempo. La mentalidad «capitalista» –en el sentido de los postulados de Marx en su obra reciente *El capital*– ha decidido que los seres inferiores son quienes menos poseen, incluso en las condiciones más extremas. Un salvaje, como han sido llamados los miembros de esta tribu, lo es no tanto por sus costumbres como por la ausencia de indumentarias. La indumentaria, la vestimenta y los comportamientos aprendidos, como los modales, han sido marcadores de posición que develan el desarrollo de un mundo en decadencia. Lo material completa la incapacidad burguesa de desarrollarse en ámbitos donde la carencia de recursos marca el límite entre la vida y la muerte. A esos artilugios se suma la religión como un sucedáneo de la paternidad apócrifa del dios creador, de la teoría del origen. Lo más preocupante, en todo caso, es el deslumbramiento que ciertos individuos de estas razas muestran por los avances tecnológicos exhibidos por los viajeros. Dejan en claro que cada signo de civilización cumple más la función de un fetiche que

de un elemento necesario para la supervivencia. Es bien conocida la anécdota de una tribu incaica que, a cambio de rebelarse contra su imperio en apoyo a los españoles, pidió una colección de sombreros a la usanza española. Constituyen esos casos una muestra de cómo es capaz de manifestarse la intención suicida de los seres vivos transcritos bajo el rótulo de «hombres», ante una insatisfacción que parece ser el gesto unificador de las razas conocidas como «humanas». Estas condiciones hacen más claro el punto de inflexión de una sociedad que debería ser analizada en su conjunto. Tomando en cuenta que el *Homo sapiens* muestra una fuerte inclinación hacia el engaño de las apariencias, podríamos aseverar que la voluntad de autodestrucción está presente en todos los estadios de la vida, sin tener certeza de la permanencia de esa condición en cada individuo. La resistencia a esos estímulos debería ser una medida capaz de desentrañar cuán preparada está una sociedad para seguir representando el patrón de lo humano, en su máxima pureza. Se entiende por tanto que la conservación y comprensión de una raza como los selk'nam, quizás la raza más pura jamás habida sobre la Tierra, hoy vulnerable a todo tipo de acondicionamiento externo, debe ser del interés de todas las naciones civilizadas. Lo que está en juego es el misterio de lo humano. Por ello es preciso aunar esfuerzos en pos de evitar su extinción. Cualquier falla de la voluntad en este punto constituirá un error irreversible que podría implicar el fin de las posibilidades de conocer nuestro verdadero nombre, nuestra verdadera ascendencia.

Inv n°: 439

Origen: donación

Material: copia facsimilar en papel bond e impresión láser

Sala: Ch-M

# PIEZA N° 257

Fragmento de la receta de gas sarín entregada  
por Walter Rauff a Eugenio Berrios

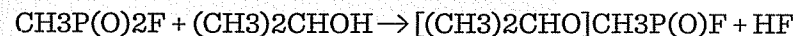
molécula quiral  
enantiómero activo por acetilcolinesterasa

(...)

Se necesita:

metilfosfonil difluoruro

alcohol isopropílico



(...)

Isopropilamina para neutralizar el fluoruro  
de hidrógeno en alcoholisis

Inv. n°: 443

Material: papel, rasgado en dos de sus puntas

Dimensiones: 5 x 7 cm

Sala: Ch-M

## PIEZA N° 75

Fotografía de tres colgados en El Páramo

El robo, en la explotación minera El Páramo de Julio Popper, estaba castigado con la muerte. Es muy probable que estos tres hombres, colgados junto al portón de la estancia, amarrados de pies y manos, con los bolsillos de los pantalones volteados hacia fuera, hayan sido sorprendidos robando alguna pepita de oro. Popper era un convencido de que para llegar al cielo había que seguir el mismo recorrido del Dante y pasar primero por el infierno. Por esa razón mandó instalar el cartel que se observa sobre la entrada de El Páramo, sobre las cabezas de los colgados:

*Lasciate ogni speranza voi ch'entrate.*

Inv. n°: 449

Material: gelatina de plata sobre papel

Dimensiones: 21,76 x 31,11 cm

Sala: P

## PIEZA N° 43

Relato de G.R., miembro de la Brigada Fénix

Todo estaba muy planificado porque nada podía salir mal; nadie tiene la oportunidad de cazar un unicornio dos veces en la vida. Ni siquiera una, en realidad. En 1964, a causa de su detención del año anterior, Rauff había intentado pasar inadvertido. Seguía viviendo en el departamento del edificio Teatro Gran Palace, a media cuadra de la plaza de armas y justo enfrente del Palacio Sara Braun, lo que le hacía muy visible. Entiéndame usted que cuando se quiere secuestrar a alguien una multitud alrededor no es algo que ayude mucho. Rauff hacía el recorrido a pie, a veces, desde la pesquera hasta su casa, y era un camino muy concurrido. Además en Punta Arenas todos se conocen. Sí, por supuesto, lo teníamos ubicado desde antes del intento de extraditarlo. Mire, se lo diré en forma simple: esa casi extradición fue para protegerlo. Iba a estar más seguro en una cárcel alemana que suelto en cualquier lugar del mundo. Todos sabían lo que había pasado con Eichmann. Es más, se habló de que un comando israelí había llegado a buscarlo; pero era falso: los primeros fuimos nosotros. Exactamente, porque Rauff operaba como un agente de la BND. Lo del Mossad lo supimos después, déjeme decirle que fue un duro golpe para nosotros y el fin, contra voluntad, de nuestros intentos. Sí, Punta Arenas; teníamos que moverlo a un lugar más periférico, hacerlo sentir inseguro. Fueron tres nuestros acercamientos directos. No todos con el fin de liquidarlo, sino de desplazarlo, también para ver cómo reaccionaba la gente a su alrededor. El primero fue en un supermercado de la ciudad. Uno de los nuestros, que se hizo pasar por turista, se acercó a increparlo delante de todo el mundo. Por supuesto que fue en castellano, porque

queríamos que el público entendiera. También hubo un golpe de puño, uno a la cara de Rauff que nuestro colega le dio con gusto. Sí, funcionó. Después ya no se sintió tan seguro. A raíz de ese episodio él y su mujer, una tal Zulíbar, se mudaron a una vivienda cerca de la pesquera. Lo dejamos tranquilo un tiempo, pero sin perderlo de vista. Bastaron unos meses para que volviera a sentirse cómodo y relajado, a recorrer Punta Arenas con toda confianza. Mire, él tenía amigos, algunos de ellos bastante influyentes, es normal que se sintiera tan seguro. ¿Acaso usted no se ha informado sobre la red que se activó cuando estuvo preso? Estamos hablando de gente muy acreditada, de aquí y de allá. Por eso sabíamos que sólo podríamos hacer justicia tomándolo por sorpresa, una noche..., ya sabe. Su rutina era sencilla: por las mañanas salía a la pesquera, que estaba en Tres Puentes. Pasaba allá todo el día, su mujer le llevaba almuerzo a veces, otras caminaba hasta su casa a comer, o a veces comía a bordo. Éramos dos, nos rotábamos. Así es. Hacía un trabajo mixto, de oficina y en el mar, a bordo de los barcos. Con toda seguridad se sentía más tranquilo en alta mar, como los tiburones (risas). Por las tardes pasaba en casa, tranquilo. A excepción de los jueves. Cada jueves, isagrado!, salía desde la pesquera en dirección del Club Social Alemán. Ahí también teníamos un informante, nos pasaba los horarios, las actividades especiales, nos confirmaba si Rauff asistiría o no. No era tan fácil como parecía, capturarlo en el trayecto, porque muchas veces iba con su jefe. Este era un hombre más joven, activo socialmente, además bombero; por esa razón en ocasiones se ausentaba de las reuniones del Club Alemán. Es un hombre influyente en Chile, hasta el día de hoy; muy poderoso. Filonazi, ¡por descontado!

Nuestro segundo acercamiento fue con un pistolero solitario. Lo siento, ni siquiera puedo darle sus iniciales. Él no vivía en Punta Arenas, llegó por unas semanas para llevar a

cabo la operación. Lo siguió un día después del trabajo, hasta el Club Social. Tenía la mano empuñada sobre el arma, adentro del bolsillo. El derecho, claro, o sea, supongo (risas), qué detalles me pregunta usted. No, no suponga cosas, las suposiciones son la madre de los fracasos. Como ese día: supusimos que estaría solo, porque Angerstein tenía una actividad bomberil. Pero no me lo va a creer: era tarde, en la noche, y había cuatro niños que lo siguieron hasta la casa tratando de convencerlo de que les diera unas monedas. Esos niños lo salvaron, ¿y sabe lo más paradójico?, no tenía monedas para darles. Eso fue lo que dijo, no puedo saber si era cierto. La última vez, la definitiva, fue en el invierno de 1965. Teníamos sumamente claro que todas las condiciones, incluso las climáticas, debían ser propicias para no fallar, y por eso elegimos un día invernal, de noche larga y clara, el jueves 29 de julio. Éramos cuatro, un chofer y tres pistoleros. Nos apostamos en el camino entre la casa de Rauff y el Club Alemán, muy poco transitado a esa hora, una calle no principal, trasera. ¡Claro que hacía frío! Quizás se sentía más seguro así. Era muy puntual, así que diez minutos antes de que pasara tiramos miguelitos -¿abrojos les dice usted?- en el camino. Aparecieron las luces del vehículo, se acercaron irremediablemente a la trampa de clavos, y pasó. Una de las llantas estalló. Rauff se detuvo, pero antes de bajarse volvió a poner el auto en marcha. No sabíamos si nos había visto. Nos íbamos a acercar cuando cayó del cielo una fosca muy espesa, gris oscura, casi negra. Como si fueran los brazos de un pulpo gigante, envolvió el auto, cuyas luces casi desaparecieron bajo la neblina. Encendimos las nuestras y aceleramos. La llanta pinchada chirriaba y lanzaba chispas; podíamos verlo incluso a la distancia de cien metros, que era lo que nos separaba de Rauff. Le pedí al chofer que acelerara. Todo estaba oscurecido por la fosca, salvo las luces de la camioneta de Rauff: se adivinaba una figura delante del vehículo. Di la orden de dispa-

rar. No estábamos seguros de que fuera él, pero no podíamos perderlo. A esas alturas el tipo, que era cualquier cosa menos tonto, lo había entendido de sobra. Yo disparé unos cuatro o cinco tiros. No se veía nada, sólo los tentáculos de niebla que iban y venían. Echamos a correr, los otros dos pistoleros hacia los lados de la carretera para buscar su cuerpo herido, yo hacia delante. Corrí unos doscientos metros, hasta donde terminaba la neblina, pero no se veía a nadie. Era imposible que hubiese corrido tan rápido. Pasó un auto. El conductor, al vernos, se detuvo y bajó la ventanilla para hablarme. Preguntó «si la había visto». «¿Qué, si vi qué?» El tipo dijo: «La cosa». «De qué habla -le pregunté-, vio a un hombre?» «No -dijo-. Creo que estoy muy cansado... Disculpe, ¿hacia dónde es Río Gallegos?» Me molesté tanto que, sin responderle, le mostré el arma para ahuyentarlo. El tipo siguió hacia la carretera, pero cuando la tomó ya no había neblina ni nada, la noche estaba tan despejada como antes. Divisé a mis compañeros, uno de ellos levantó los brazos como diciendo «aquí nada». Me voltee al camino otra vez. Se veía nítido hasta las luces del poblado, un kilómetro o poco más; imposible desaparecer corriendo en tan poco tiempo. Pasamos los siguientes veinte minutos buscando un cadáver tirado a la orilla del camino, por si alguno de los disparos lo había alcanzado, pero había desaparecido. No, no supimos. Partimos esa misma noche. Habíamos fallado, ya no teníamos recursos para la operación. Poco después supe que Rauff había sido trasladado a la sucursal de la Pesquera Bonacic en Porvenir, al otro lado del mar, en Tierra del Fuego. Allí tenía una casa en lo alto de la colina, con vista al mar, a la carretera, a todo.

Inv. n°: 457  
Material: Cinta de casete  
Sala: Ch-M

### PIEZA N° 233

Testimonio de Juan Galindo, cuidador del Palacio  
Sara Braun en Punta Arenas (2016)

Este es un museo desde el año 1960. La señora Braun falleció el año 1955 y el 60 la casa la compró el fisco. Trabajo aquí desde hace veinte años y siempre me preguntan si penan aquí, pero no hay nada, es que está mucho en actividad esto, se hacen eventos, cenas, lanzamientos, conciertos, está el pub acá abajo, funciona en la noche, está el hotel igual que sigue funcionando, así que hay harto movimiento, tenemos eventos, así que no, no. Es como vivo el palacio, no es como un museo así que usted... Se dicen muchas cosas de la gente de la época, como de la María Behety, que se subía a bailar a las mesas, pero yo no sé mucho de esa familia, la verdad. En el hotel hay un libro que venden, *Pioneros* se llama, ahí sale mucho de la historia de Punta Arenas. Y ahí Menéndez dice que no, que no, que ellos no fueron los que exterminaron a los indios. Joven, disculpe, me tengo que ir a almorzar. Veniga en la tarde si quiere, ahí seguimos conversando.

Inv. n°: 461  
Material: grabación formato WAV, 3' 12", 12 MB  
Fecha del registro: septiembre de 2016  
Sala: P



**PIEZA N° 136**

Hacendados de Santa Cruz tras solicitar apoyo  
al gobierno de Yrigoyen, 2 de febrero de 1921

«La Patagonia rebelde», también conocida como «la Patagonia trágica», es el nombre que recibió la lucha protagonizada por los trabajadores anarcosindicalistas en rebelión en el Territorio Nacional de Santa Cruz, en la Patagonia argentina, entre 1920 y 1921. Comenzó como una huelga para protestar contra la explotación de los obreros. Consciente de la crisis y bajo la presión de Gran Bretaña, el presidente Hipólito Yrigoyen, quien estaba preocupado por la situación de los propietarios de tierras en Santa Cruz, envió tropas del Regimiento 10° de Caballería «Húsares de Pueyrredón», comandadas por el teniente coronel Héctor Benigno Varela, con órdenes de «normalizar» la situación. Al término del conflicto, entre trescientos y mil quinientos obreros habían sido fusilados o habían muerto en combate.

Entre los empresarios que solicitaron la intervención del Presidente, aparecen retratados en esta fotografía, de izquierda de derecha:

Rudolf Stubenrauch  
Ibón Noya  
Rodolfo Suárez  
E. von Heinz  
Francisco Campos  
José Menéndez Behety  
Juan Puig  
Roberto Ewing  
Miguel Segovia  
Mauricio Braun

José Montes Thurler  
Victoriano Riera  
Miguel Grigera  
Manuel Martínez  
Luis Correa B.  
Herbert J. Elbourne  
José María Rivera  
J. Carlos Curtze Williams  
Edelmiro Correa Falcón

Inv. n°: 463

Material: gelatina de plata sobre papel

Dimensiones: 20 x 24 cm

Sala: P

### PIEZA N° 18

Casa de los brujos, Punta Arenas (circa 1934)

En esta casa, que fue demolida a comienzos de los años 40, vivieron las hermanas Gallo, reconocidas adivinatoras de la provincia. Ubicada en la intersección de las calles Señoret y República, se dice que albergaba a practicantes de brujería de algunas de las familias más acomodadas de Punta Arenas.

Las visitas nocturnas de elegantes carrozas que recibían las hermanas cesaron bruscamente en 1918 tras la desaparición de Josefa Gallo, la menor. Aunque nunca pudo comprobarse, se echó a correr el rumor de que la mayor de las hermanas, María Gallo, la había asesinado con un certero golpe de hacha en la nuca. ¿El motivo? Usar sus restos como materia prima para un hechizo que buscaba alargar la vida de un cliente moribundo.

Inv. n°: 467

Origen: Archivo de Memoria Arquitectónica de Punta Arenas

Material: gelatina de plata sobre papel

Dimensiones: 18 x 12 cm

Sala: P

### PIEZA N° 669

Fotografía de pintura rupestre del *Unicornium patagonicum*

En esta imagen, donada por el escritor y excursionista Bruce Chatwin al museo, se aprecia, sobre la pared de una cueva de basalto, la figura de un animal robusto y cornado que ha sido llamado unicornio patagónico. Según el relato del autor de la fotografía, fue tomada en el Cerro de los Indios, cerca del lago Posadas, en la Patagonia argentina.

Inv. n°: 479

Origen: donación

Material: fotografía en papel opaco

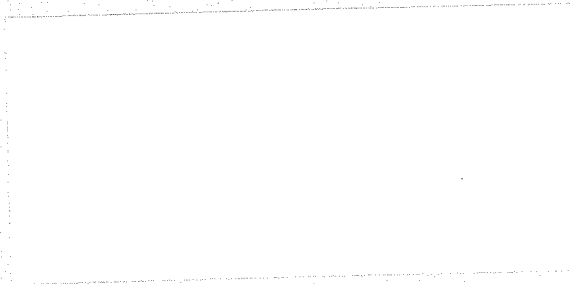
Dimensiones: 18 x 12 cm

Sala: Ch-M



### PIEZA N° 260

Planos del campo de concentración Río Chico, en Isla Dawson



Después del golpe de Estado de 1973, el militar Sergio Figueroa fue designado por Augusto Pinochet como ministro de Obras Públicas. La primera obra pública fue el levantamiento del sector Río Chico del campo de concentración en Puerto Harris (Isla Dawson), destinado a prisioneros políticos de alta relevancia. Se ubicaría cerca de la Compingim, campamento de la Compañía de Ingenieros de la Infantería de Marina, que también sería habilitada como centro de reclusión.

Inv. n°: 487

Material: papel diamante y croquis al carbón

Dimensiones: 90 x 123 cm

Sala: R

### PIEZA N° 209

Carta del niño F.U. a Papá Noel, Navidad de 1895, Punta Arenas

Querido Papá Noel,

Este año me he portado muy bien y he realizado todos mis deberes. Asisto a misa todos los días y rezo mucho. Te quería contar que mi vecino Miguel tiene de mascota un niño indio y yo también quiero uno para que podamos jugar con ellos. Prometo que le voy a poner un nombre de santo y le enseñaré a rezar y cantar en la misa. Voy a bañarlo y cuidarlo mucho para que se le salga toda la mugre y quede blanquito como yo. Si me lo traes, me voy a portar bien todo el año y el otro año también, te quiero mucho,

F.U.

Inv. n°: 491

Material: papel de bloc

Dimensiones: 18 x 11 cm

Sala: Ch-M

**PIEZA N° 647**

Cementerio de Colonizadores, Estancia Caleta Josefina, Tierra del Fuego

Bajo este paño de tierra cubierto de pasto y delimitado en medio de la pampa por una corroída reja metálica yacen los cuerpos de algunos estancieros llegados de distantes puntos de la Tierra para colonizar la isla. Hay sólo tres lápidas aún erguidas y se distingue otra destruida sobre el terreno. Se desconoce cuántos cuerpos yacen aquí sin sepultura señalada, o que tuvieron lápidas de madera ya descompuestas. Podemos leer los nombres de Emma Victoria Crawford (1868-1897), primera esposa de A.A. Cameron, administrador de Caleta Josefina, fallecida de veintiocho años durante el parto; William Tell (1902), cuya causa de muerte es desconocida, y Edward Williamson y Emilio Traslaviña (16 de enero de 1896) y John Saldine (20 de julio de 1898), quienes comparten la misma causa de muerte: «KILLED BY INDIANS».

Inv. n°: 499  
Material: papel fotográfico  
Dimensiones: 20 x 16 cm  
Sala: P

**PIEZA N° 543**

Base inglesa en Patagonia (abril de 1982)

Entre los habitantes de Punta Arenas y sus alrededores circula el rumor de que esta base inglesa y sus pistas de aterrizaje habrían estado ubicadas en algún punto de la Ruta 9 Punta Arenas-Puerto Natales. Aunque la mano de un señalero ocupa gran parte de la fotografía, se distingue claramente la figura de un avión Hércules con la leyenda «Fuerza Aera de Chile», en camino a situarse junto a otras dos naves iguales. Allí, un contingente de personal descarga las piezas de un radar AN/TPS-43 que sería operado por los ingleses durante la guerra de las Malvinas.

Aunque Chile se declaró «estrictamente neutral» ante el conflicto, con el paso de los años y gracias a las declaraciones del general chileno Fernando Matthei y el comandante británico Sidney Edwards se ha sabido que existió un acuerdo secreto de colaboración entre Chile y Reino Unido. El pacto consistió en la autorización de Chile para la instalación de esta base aérea, desde la cual se operó el radar Westinghouse de largo alcance, que permitía rastrear movimientos aéreos en Ushuaia, Río Gallegos, Río Grande y Comodoro Rivadavia; además, la Junta de Gobierno ofreció apoyo para la instalación de un equipo de transmisión de alta tecnología en el barrio alto de Santiago, donde se recibían las señales del radar que luego Edwards enviaba a los portaaviones ingleses ubicados en el Atlántico. A esto se deben los errores or-

tográficos en la inscripción principal en el costado del aparato: se trata en realidad de aviones ingleses, disfrazados en Isla de Pascua para no levantar sospechas.

Ciertamente la colaboración de Chile no fue gratuita. Según el exintegrante de la Junta Militar Fernando Matthei, el gobierno de Margaret Thatcher les ofreció valiosísimo armamento militar a cambio de información de inteligencia. El trato incluyó la venta «al precio nominal de una libra esterlina cada uno, [de] seis aviones Hunter que se traerían de inmediato a Chile, un radar de larga distancia, misiles antiaéreos y tres bombarderos Canberra de reconocimiento fotogramétrico a gran altura».

Sidney Edwards ha dicho que la ayuda de Chile fue fundamental: «Without it, we would have lost the war». Por eso la noche del fin del conflicto, el 14 de junio de 1982, Edwards y su equipo fueron a celebrar a la famosa discoteque Las Brujas de Santiago, «una versión ochentera de Studio 54», a juicio de Edwards.

Inv. n°: 503

Material: fotografía en color

Dimensiones: 10 x 15 cm

Sala: R

### PIEZA N° 131

Augusto Pinochet Ugarte en la inauguración  
de la calle José Menéndez (1975)

En la fotografía aparecen, de izquierda a derecha, el coronel Carlos Soto Pelizzari, a la sazón alcalde (designado) de la ciudad de Punta Arenas; el historiador Armando Braun Menéndez y el escritor Enrique Campos Menéndez (Premio Nacional de Literatura 1986); y el general Augusto Pinochet, entre otros. En el público, entre las dos mujeres anchas que levantan banderas en el borde derecho de la foto, se distingue al vecino de Magallanes señor Walter Rauff.

Inv. n°: 509

Material: fotografía b/n

Dimensiones: 15 x 11 cm

Sala: P-R

## PIEZA N° 51

Carta de Klaus Barbie a Walter Rauff (1983)

Lyon, Francia, 12 de octubre de 1983

Querido Walter: He recibido con mucha sorpresa la noticia de tu muerte que, coincidentemente, llega poco después de que los franceses me apresaran. Si escribo esta carta es porque no me he creído ni una sola palabra de lo que, según los periódicos, ha pasado en Chile. Quién iba a pensar que los últimos días serían los más difíciles. Todavía recuerdo ese 20 de abril del 64, que pasamos jugando cartas y brindando con Mertins, Shwend y Rudel. Pusiste un disco de Horst Wessel, que llevabas contigo, y dijiste: «En mis pensamientos estoy con todos [los nuestros], como antaño Horst Wessel». Espero que el rumor de la prensa no sea verdadero y que sepas cubrir tus huellas mejor de lo que yo he hecho. No me quejo, en todo caso: estar preso en Francia no es un fastidio, hasta las comidas más sosas del hospital destilan algo de glamour. Creo que ya no volveremos a vernos, sea cual sea la versión real. No sé cuánto tiempo me quede a mí, pero será suficiente para recordar a los amigos, los buenos momentos. Vaya vida aventurera. Me despido, camarada, ¡en mis pensamientos estoy con todos, como antaño Horst Wessel!

Inv. n°: 521

Material: papel roneo mecanografiado  
(idioma alemán, traducido por Gianna Schmitter)

Origen: donación de Blanca Mardones

Dimensiones: 216 x 279 mm

Sala: s/l

## PIEZA N° 100

*Popper, el héroe arrepentido*, Carlitos Álvarez Yáñez, 2° básico,

Este croquis, realizado con lápices de colores, fue el ganador de un concurso de dibujo organizado por la Escuela Libertador Bernardo O'Higgins Riquelme de Porvenir en 2005. En él podemos distinguir la figura de Julio Popper vestido con el uniforme a la húngara que lo caracterizaba. Abraza a un niño y una niña selk'nam, ataviados con pieles de guanaco. Alrededor de la tríada central, otros integrantes de la comunidad selk'nam –algunos dibujados a escalas diferentes para dar señal de multitud– se ven acompañados de animales característicos de la zona, como zorros, guanacos y un tipo de pájaro que bien podría ser un cauquén. En el dibujo, tanto Popper como los niños están sonriendo. Lo mismo ocurre con la mayoría de los otros personajes, salvo por el selk'nam grande y serio que se ve a la derecha, que guarda gran parecido con el monumento al hombre selk'nam de Richard Yasic, ubicado en la costanera de Porvenir. También hay una mujer indígena, a la izquierda, en una posición casi deforme que hace pensar en el célebre *El grito*, de Munch; sin embargo, por el nombre que ostenta sobre la cabeza («Kela»), queda claro que es una representación de la momia de «mujer fueguina» que se encuentra en el Museo Municipal Fernando Cordero Rusque, de Porvenir.

Inv. n°: 523

Material: hoja de bloc escolar, papel hilado, 180 gr

Dimensiones: 37,5 x 53,5 cm

Sala: P

### PIEZA N° 133

Testimonio de Nancy Fernández sobre Ángela Loij,  
la última selk'nam de la historia del universo

La conocí de niña, pero han pasado más de, ¿cuánto?, fue en el 38, ¿cincuenta? Cincuenta y un años. Pero me acuerdo, fíjese, perfecto me acuerdo. Me pongo nostálgica; la verdad es que ahora, con todo lo que uno sabe, siento que fue un honor conocerla. Estábamos en la Escuela María Auxiliadora, en Porvenir. No, no era compañera mía, ella era bastante mayor. No sabría decirle la edad, pero decían que tenía diecinueve o veinte. ¿Tanto? ¿Treinta y cinco? Se veía mucho más jovencita, fíjese (...) Era grande sí, muy alta, muy alta, más alta que cualquier monja, pero tan cándida, tan tímida, que uno no se habría imaginado la edad. Andaba siempre en el patio, solita. Yo era la única que me sentaba con ella. Le tenían miedo, porque era alta. Imagínese. Todas mis compañeras le tenían miedo, se le alejaban. Pero a mí no me daba susto, y por eso se sentaba a comer junto a mí. Yo tenía cinco años en ese tiempo, pero me acuerdo de todo. Me acuerdo que decían que se le había muerto la mamá, y chuta, que le digan a un niño que a otro se le ha muerto la mamá, isi los papás son inmortales para uno! Y también unos hermanos. El papá trabajaba en una estancia, la Sara. Ahí a la Ángela se le habían muerto dos hermanas. Después de eso se le murió la mamá. Y después dos hermanos más. Ella era la única sobreviviente de su familia. El papá, quién sabe. Y [la única sobreviviente] de los onas. A mí me fascinaba su piel morena. Era tan bonita, como un chocolate claro. Nunca había visto una piel así. Me daban ganas de tocarla, pero nunca me atreví. Y era tan bonita. Si después supe que le

decían «bonita» en su lengua. No me acuerdo de eso, habrá que buscar en algún diccionario de lengua ona. ¿Usted no tiene un diccionario de ona, por si acaso?

Inv. n°: 541

Material: grabación formato WAV, 6' 23", 28 MB

Fecha del registro: enero de 2017

Sala: P

**PIEZA N° 89**

Fragmento del *Diario de la Misión San Rafael* (1910),  
a cargo de los sacerdotes Carnino y Zanchetta

4-VII-1910: «Sin novedades: muere la niña Laura»

Inv. n°: 547  
Material: papel ajado  
Dimensiones: 32 x 71 mm  
Sala: P

**PIEZA N° 48**

«Magallanes: Bruma en Punta Arenas»,  
nota de prensa (9 de abril de 2015)

**INUSUAL BRUMA PROVOCA ATRASOS  
EN VUELOS Y CHOQUE EN ROTONDA**

Motivo de la poca visibilidad producto de la lluvia y la bruma de hoy, se suspendieron vuelos en el aeropuerto de Punta Arenas. Aviones que llegarían desde Santiago y Puerto Montt no arribaron a la región de Magallanes hasta pasadas las 13:00 horas de hoy.

Inusual bruma que generó consecuencias en el aeropuerto y en la rotonda de Frei con Carlos Ibáñez del Campo. La bruma fue uno de los factores que provocó este choque entre dos camiones. Sólo uno de los conductores resultó con lesiones. Un escenario que no se ve muchas veces en la capital de Magallanes, pero puede ocurrir durante el cambio de una estación a otra, en otoño y primavera.

Anoche los vuelos que debían llegar desde el norte del país no pudieron aterrizar producto de la poca visibilidad y tuvieron que regresar a Puerto Montt y Santiago. Los que estaban programados para la madrugada tuvieron que ser postergados. Retraso que causó variados inconvenientes y en algunos casos profundizó la angustia.

Un frente que trajo bruma y que sin duda afectó a unos más que a otros, pero que a diferencia de otras regiones del país, aquí en Magallanes ocurre pocas veces en el año.

Inv. n°: 557  
Fuente: Centro Regional Austral  
Material: hoja de periódico  
Dimensiones: 1100 x 770 mm  
Sala: Lobby del Museo



**PIEZA N° 31**

Carta de Salvador Allende a Simón Wiesenthal (agosto de 1972)

Señor  
Simón Wiesenthal  
Centro de Documentación Judío  
1010 Viena 1, Rudolfsplatz 7/III

Estimado señor Wiesenthal:

Doy respuesta a su carta de 21 de agosto último, relativa al caso Rauff.

Como Ud. bien sabe, a raíz de un pedido de extradición formulado por la autoridad judicial competente de la República Federal Alemana, y cursado por la vía diplomática, la Corte Suprema de Chile, conociendo este asunto, falló negativamente, fundada en la prescripción de la acción penal correspondiente. Empero, el considerando 38 de dicha sentencia envuelve la más amplia condenación moral de los alevosos crímenes del nacional socialismo y de sus ejecutores materiales.


En cuanto a la posibilidad de que el pedido de extradición se reactualice, lo que legalmente requeriría como condición *sine qua non* de una nueva solicitud formulada por vía diplomática, ello sería de la exclusiva competencia de los Tribunales de Justicia de Chile, los cuales, en virtud del artículo 80 de la Constitución Política del Estado, son los únicos facultados para conocer de las causas civiles y criminales. Al Presidente de la República le está vedado, en virtud de la Ley, ejercer funciones judiciales, abocarse a causas pendientes o hacer revivir procesos fenecidos.

Éstas son las disposiciones constitucionales y legales vigentes en Chile, a las cuales es mi deber atenerme.

Lo anterior no obsta, por cierto, a que, como ciudadano y jefe de Estado, comparta plenamente sus sentimientos y condene una vez más los alevosos crímenes cometidos por el nazismo y sus servidores.

Siento verdaderamente, estimado señor Wiesenthal, que mi respuesta deba ser negativa a su petición. He admirado y admiro su tenacidad para perseguir a los autores de los más horrendos crímenes que registra la historia de la humanidad. Pero sé también el apego que usted siente por el imperio de la Ley dentro de los regímenes políticos y, por ello, estoy cierto de que Ud. comprenderá mi posición como Presidente de la República.

Con mucho afecto, le saluda,



Salvador Allende  
Presidente de Chile

Inv. n°: 563

Fuente: Dokumentationszentrum  
Des Bundes Jüdischer Verfolgter  
Des Naziregimes

Dimensiones: 21,5 x 27,9 cm  
Sala: R

### PIEZA N° 15

Figura coleccionable Millalobo,<sup>TM</sup>  
colección Chilean Legends de Mattel

Se sabe que se hicieron mil unidades de esta figura. Millalobo, junto a CaiCai y TenTen, son marcas registradas de Mattel desde 1953. En la caja que acompaña a esta figura de colección, avaluada por expertos en más de US\$ 250.000, se lee:

The Millalobo<sup>TM</sup> (from the Mapuche word «milla», gold, and the Spanish «lobo», wolf), is an important figure in Chilean mythology. It is the most powerful mythological character of the oceans after Caicai<sup>TM</sup> & was chosen by Caicai<sup>TM</sup> to be his representative and govern all that resided in the sea. The Millalobo<sup>TM</sup> is like a Triton, lower half sea lion and upper half human, its face a mixture of both. It was born from the mating between a woman and a sea lion who saved her from drowning, at the time of the mythical

battle between Tenten Vilú<sup>TM</sup> and CaiCai Vilú<sup>TM</sup>. The Millalobo's<sup>TM</sup> fur is golden, hence his name. It is said that this mythical being can't talk and it can only communicate through a bleat similar to the sea lion's, even though, the meaning of his bleat is understandable to human beings.

The Millalobo<sup>TM</sup> would be the creator of the ghost ship known as *Caleuche*. It is said that evil sea creatures must pay respect to the Millalobo<sup>TM</sup> also.

Inv. n°: 569

Material: estatuilla metálica, aleación

Dimensiones: 15 x 6 x 6 cm (aprox.)

Sala: R



Estos cuatro trajes fueron utilizados por personalidades del empresariado puntarenense a comienzos del s. XX. El primero de ellos de izquierda a derecha es un frac con corbata tipo *court cambric* de bordes cuadrados, pechera *fiberloid*, puños estilo Maracaibo, con zapatos de charol y clac; el segundo traje lleva el mismo tipo de chaqueta, sin pechera, pero con corbata *scotch cambric* y puños estilo Pernambuco. En el tercer traje se da una inconsistencia, ya que si bien luce una chaqueta de amplio corte, típica de comienzos de siglo, en la parte baja de la camisa observamos un *cummerbund*, cuya introducción no ocurrió sino hasta 1928. Por último, en el cuarto traje observamos un pantalón ancho y zapatos Oxford, cuyo uso fue más extendido en Norteamérica. Estas últimas prendas pueden atestiguar dos sucesos: el usuario del traje número tres fue degradado de su cargo, viéndose obligado a mezclar tenidas antiguas con prendas más nuevas pero de menor calidad, o bien compró parte de su vestuario de segunda mano; en el caso del cuarto traje, su usuario pudo ostentar algún cargo relacionado con el intercambio comercial con Estados Unidos.

Los atuendos, provenientes de sastrerías diversas, corresponden a la época eduardiana. Eduardo VII de Inglaterra, muy aficionado a los viajes por el mundo, desarrolló un estilo influido por la cultura continental y el arte de la época, y sería imitado no sólo por su generación sino también por las siguientes.

Según la historiadora del vestuario Diana Fernández G., «es bajo la época eduardiana que la movilidad social en Inglaterra comienza a

expresarse, abriéndose un espacio en la vida política y social para sectores históricamente excluidos como las mujeres y los obreros. Los cambios impulsaron el interés en el socialismo y una mayor atención a la situación apremiante de los pobres y el estatus de la mujer, y surgieron en el debate temas como el sufragio femenino o el incremento de oportunidades económicas por la rápida industrialización». En cuanto al vestir masculino se refiere, estas circunstancias contribuyeron a que el atuendo formal de antes de la guerra se suavizara y flexibilizara. La ropa de producción masiva, ya «probada» con los uniformes militares, sería cada vez más aceptada. Donde primero se aprecia esta flexibilidad es en la aceptación del *smoking* o *dinner-jacket* como opción alternativa para el conjunto de vestir, tal como lo expresa esta recomendación de una revista de la época: «For men the proper costume for late dinner (at six o'clock or after) is regulation evening dress. At stag dinners and small informal occasions the dinner-jacket replaces the swallow-tail coat and is accompanied by a plain black-silk tie».

El auge del automóvil, por su parte, cambió el enfoque de la vida social: la sociabilidad en el ámbito íntimo dio paso a la frecuentación de lugares más públicos como forma de entretenimiento. A pesar de ello, los códigos de vestimenta en general mantuvieron la severidad victoriana por influencia del monarca.

Al comienzo de su reinado la etiqueta aún limitaba el uso del *smoking* o *tuxedo* a las actividades nocturnas que se desarrollaran dentro de una casa, en los clubes masculinos o en despedidas de soltero. Pero a medida que el nuevo siglo avanzaba aumentaron las «excepciones», sobre todo en la etiqueta de la sociedad estadounidense. Ahora se agregaban cenas informales en casa o restaurantes, y para asistir al teatro, siempre que no se estuviera invitado a la fiesta posterior ni se dispusiera de asiento en los palcos.

Inv. n°: 571

Material: tela, botones, hilo

Sala: Ch-M

### PIEZA Nº 308

Carta del Untersturmführer Becker  
al Obersturmbannführer Rauff (traducción)

Kiev, 16 de mayo, 1942  
Código Postal 32704  
B. No. 40/42

A  
SS-Obersturmbannführer Rauff  
Berlín  
Calle Príncipe Alberto 8

La revisión de vehículos de los Grupos D y C ha finalizado. Los furgones del primer grupo están listos para partir cuando las condiciones climáticas mejoren un poco, pero los vehículos del segundo grupo (Saurer) están completamente varados a causa del clima lluvioso. Basta media hora de lluvia para que no puedan ser utilizados debido al derrape simple. Sólo se pueden usar en condiciones climáticas secas. La pregunta ahora es si pueden usarse simplemente en el lugar de la ejecución, estacionados. Para eso, primero se debe trasladar el vehículo al lugar, lo cual sólo es posible si hace buen tiempo. Pero en la mayoría de los casos el lugar de ejecución está a 10 o 15 km de las rutas de tráfico, y es difícil acceder por su ubicación, peor en condiciones húmedas (...) Si los que van a ser ejecutados son conducidos o llevados a pie, se dan cuenta inmediatamente de lo que está pasando y se vuelven inestables, lo que debería evitarse en lo posible. Sólo queda un camino: cargarlos en el punto de reunión y luego irse.

Hice camuflar los vehículos del Grupo D como casas rodantes instalando contraventanas, una a cada lado en los furgones y dos a cada lado en los camiones, como las que se ven en las casas de los campesinos. Los vehículos se han

hecho tan conocidos que no sólo las autoridades sino también la población civil los llaman «vagones de la muerte» tan pronto como aparece uno. Mi opinión es que, incluso camuflados, a la larga no se puede mantener el secreto.

El vehículo Saurer que transferí de Simferópol a Taganrog tuvo un problema en los frenos. En el Sonderkommando de Mariúpol se determinó que el casquillo de los frenos hidráulico-neumáticos se rompió en varias partes. Con persuasión y sobornos en el Heeres-Kraftfahrzeug-Park logré mandar a hacer un molde, y se han podido fabricar dos casquillos de freno. Cuando llegué a Stálin y Górllovka varios días después, los conductores se quejaron del mismo defecto. Tras consultar con sus comandantes, procedí una vez más a fabricar casquillos de freno para estos vehículos, en Mariúpol. Se acordó que se entregarían dos casquillos por cada camioneta; seis permanecerían en Mariúpol, como respaldo para el Grupo, y seis se enviarán al SS-Untersturmführer Ernst, a Kiev, para los vehículos del Grupo C. Los Grupos B y A podrían obtenerlos a través de Berlín, ya que el transporte desde Mariúpol hacia el norte es inconveniente y llevaría demasiado tiempo. Otros defectos menores de los vehículos serán reparados por técnicos de los comandos o grupos en un taller.

Debido a la irregularidad del terreno y la forma y las condiciones de la carretera apenas descritas, los sellos y remaches se sueltan con el tiempo. Me preguntaron si en tales casos el vehículo debería ser trasladado a Berlín para su reparación. Una transferencia a Berlín sería demasiado costosa y requeriría demasiado combustible. Para ahorrar tal gasto, di la orden de que soldaran pequeños puntos con fugas, y si esto no era posible, informar a Berlín de inmediato por radio que el «vehículo policial n° xx» está fuera de servicio. Además, ordené mantener a todos los hombres lo más lejos posible de la camioneta durante los gaseamientos, a fin de que no se vean perjudicados por la posible fuga de gases.

En esta ocasión deseo llamar la atención sobre lo siguiente: después del gaseamiento, varios comandos dejan que sus propios hombres descarguen. He llamado la atención de los comandantes del S.K. en relación al tremendo daño mental y físico que este trabajo puede causarles, si no ahora, más adelante. Los hombres se quejaron de dolores de cabeza después de cada descarga. Sin embargo, uno no quiere desviarse de esta orden, ya que se teme que los presos elegidos para el trabajo puedan aprovechar alguna circunstancia favorable para escapar. Pido dar las órdenes correspondientes para proteger a los hombres de ese daño.

No en todas las ocasiones el gaseamiento se realiza de manera correcta. Para poder hacer el trabajo lo más rápido posible, el conductor acelera a fondo. De esta forma, los ejecutados mueren por sofocación y no como se pretendía, por el sueño. Mis instrucciones ahora han demostrado que la muerte ocurre más rápido y que los prisioneros se quedan dormidos pacíficamente cuando se ajustan las palancas de manera adecuada. Las caras distorsionadas y las excreciones, que se han visto anteriormente, ya no tienen lugar.

En el transcurso del día continuaré mi viaje al Grupo B, donde me pueden llegar más mensajes.

Becker - Untersturmführer\*

Inv. n.º: 577

Fuente: archivos de Núremberg, documento PS-2348, págs. A092586-88

Material: copia de carbón

Sala: R

\* Durante la detención de Walter Rauff en Milán, sus captores aliados le hicieron firmar este y otros documentos como recibidos, con la inscripción «Diesen Brief habe ich im Mai 1942 empfangen. 18. October 1945. Rauff» [«Recibí esta carta en mayo de 1942. 18 de octubre de 1945. Rauff»].

## PIEZA N.º 7

*Sueños de don Bosco*, tomo XVI, sueño n.º 120,  
traducción del p. Francisco Villanueva, S.D.B.

El fundador de la orden salesiana, don Juan Bosco (1815-1888), tuvo una serie de sueños que le ayudaron a confeccionar su plan evangelizador para todo lo ancho del mundo. A partir de este sueño, de 1883, don Bosco instruye a sus sacerdotes a evangelizar la zona de la Patagonia argentina y chilena.

«AÑO DE 1883 (M.B. Tomo XVI, págs. 385-394)

Era la noche que precedía a la fiesta de Santa Rosa de Lima, 30 de agosto, y yo tuve un sueño. Me parecía estar durmiendo y al mismo tiempo que corría a gran velocidad, por lo que me sentía cansado no sólo de correr, sino también de escribir y como consecuencia del trabajo propio de mis habituales ocupaciones. Mientras pensaba si se trataba de un sueño o de una realidad, me pareció entrar en una sala de estar donde había numerosas personas hablando de cosas

diversas. Se entabló una larga conversación sobre la multitud de salvajes que en Australia, en las Indias, en la China, en África y más particularmente en América, viven aún en número extraordinario, sepultados en las sombras de la muerte. Europa –dijo con seriedad uno de aquellos pensadores–, la cristiana Europa, la gran maestra de la civilización, parece que se deja llevar de la apatía respecto a las misiones extranjeras. Pocos son los que se sienten animados a emprender largos viajes hacia países desconocidos para salvar las almas de millones de criaturas que también fueron redimidas por el Hijo de Dios, por Cristo Jesús.

Otro dijo: ¡Qué enorme cantidad de idólatras viven fuera de la Iglesia, lejos del conocimiento del Evangelio, solamente en América! Los hombres piensan y los geógrafos se engañan al creer que las Cordilleras de América son como una gran muralla que nos separa de aquella parte del mundo. Y no es así. Aquellas extensísimas cadenas de montañas tienen muchas sinuosidades de mil y más kilómetros de longitud. En ellas hay selvas inexploradas, bosques, animales, piedras que por otra parte escasean en aquellas latitudes. Carbón mineral, petróleo, cobre, hierro, plata y oro escondidos en aquellas montañas, en el lugar donde fueron colocados por la mano omnipotente del Creador en beneficio de los hombres. ¡Oh, Cordilleras, Cordilleras, cuán rica es tu zona oriental!

(...) [S]e acercó a mí un joven de unos dieciséis años, de amable expresión y de sobrehumana belleza, cuyo cuerpo despedía una luz más radiante que la del sol. Su vestido estaba tejido con celestial hermosura y en la cabeza llevaba un gorro a manera de corona recamado de vivísimas piedras preciosas. Mirándome con ojos de bondad, mostró hacia mí un interés especial. Su sonrisa expresaba un afecto atrayente en extremo. Me llamó por mi nombre, me tomó de la mano y comenzó a hablarme de la Congregación Salesiana. Yo me sentía encantado sólo de escuchar su voz. En cierto punto lo interrumpí diciéndole:

–¿Con quién tengo el honor de hablar? Haga el favor de decirme su nombre.

Y el joven:

–¡No temas! Habla con toda confianza, que estás con un amigo.

–Pero ¿y su nombre?

–Te lo diría si hicieras caso, pero no hace falta, porque me debes conocer.

Y mientras decía esto sonreía.

Me fijé mejor en aquella fisonomía rodeada de luz. ¡Cuán hermosa era! Entonces reconocí en él al hijo del Conde Fiorito Colle de Tolón, insigne bienhechor de nuestra casa y especialmente de las Misiones de América. Este jovencito había muerto poco tiempo antes.

–¿Oh, tú? –exclamé llamándole por su nombre–. ¡Luis! ¿Y todos estos quiénes son?

–Son amigos de tus Salesianos y yo, como amigo tuyo y de los Salesianos, en nombre de Dios, quería darte un poco de trabajo.

–Veamos de qué se trata. ¿Qué trabajo es ese?

(...)

[E]n aquel momento se operó un fenómeno extraordinario que sería imposible describir. Yo me encontraba en aquella habitación y, al tirar de aquella cuerda, ante mi vista se ofrecía la perspectiva de un país inmenso que yo dominaba como a vista de pájaro y que se extendía cada vez más según se iba alargando la cuerda. Desde el primer cero hasta el número 55 era una extensión de tierra inmensa que, después de un estrecho mar, al fondo se dividía en multitud de islas habitadas por numerosos salvajes. Parece ser que el nudo colocado sobre el número o grado 47 representara el lugar de partida, el centro salesiano, la misión principal donde los misioneros después de concentrados salieron hacia las islas Malvinas, Tierra del Fuego y otras islas de aquellas regiones de América. Por la parte opuesta, esto es, del 0 al 10, continuaba la misma tierra terminando en aquella agua que ya había visto últimamente. Me pareció que aquella agua era el Mar de las Antillas, que contemplaba entonces de manera tan sorprendente que no me sería posible expresar con palabras tal visión. Cuando yo dije "Hay agua", aquel jovencito me respondió:

-Ahora suma 55 más 10. ¿Cuánto hacen?

Y yo:

-Suman 65.

-Ahora ponlo todo junto y formarás una sola cuerda.

-¿Y después?

-¿Hacia esta parte qué es lo que hay? -y me señalaba un punto en el panorama.

-Hacia el Occidente veo altísimas montañas y al Oriente el mar.

(...) Mi joven amigo prosiguió:

-Pues bien, estas montañas son como una orilla, como un confín. Desde aquí hasta allá se extiende la mies ofrecida a los salesianos. Son millares y millones de habitantes que esperan su auxilio, que aguardan la fe.

Dichas montañas eran las cordilleras de los Andes de América del Sur y aquel mar el Océano Atlántico.

-Y ¿cómo hacer? -repliqué yo-; ¿cómo conseguir conducir tantos pueblos al redil de Jesucristo?

Y he aquí que llega Don Lago que traía una canasta de higos pequeños y verdes, el cual me dijo:

-¡Tome, Juan Don Bosco!

-¿Qué me traes? -pregunté yo mientras me fijaba en el contenido del canasto.

-Me han dicho que se los traiga a Vos.

-Pero estos higos no son comestibles; no están maduros.

Entonces, mi joven amigo tomó aquel canasto, que era muy ancho, pero que tenía muy poco fondo, y me lo presentó diciendo:

-¡He aquí el regalo que te hago!

-¿Y qué debo hacer con estos higos?

-Estos higos no están maduros, pero pertenecen a la gran higuera de la vida. Debes buscar la manera de hacerlos madurar.

-¿Y cómo? Si fueran más grandes... se podrían hacer madurar con paja, como se suele hacer con los demás frutos, pero tan pequeños... tan verdes... Es imposible.

-Muy al contrario; has de saber que para hacer madurar estos

higos es necesario que todos ellos se unan de nuevo a la planta.

-¡Eso es increíble! ¿Cómo hacer?

-¡Mira!

Y tomando uno de aquellos frutos lo introdujo en un vaso lleno de sangre, después en otro vaso de agua, y dijo:

-Con el sudor y con la sangre los salvajes quedarán de nuevo unidos a la planta y serán gratos al dueño de la vida.

Yo pensaba: "Pero para conseguir esto se necesita mucho tiempo".

Y seguidamente dije en alta voz:

-Yo no sé qué decir.

Pero aquel joven para mí tan querido, leyendo mis pensamientos, prosiguió:

-Esto se conseguirá antes de que se cumpla la segunda generación.

-¿Y cuál será la segunda generación?

-La presente no se cuenta. Habrá una y después otra.

Yo hablaba confusamente, aturrullado y como balbuceando al escuchar los magníficos destinos reservados a nuestra Congregación, y pregunté:

-Pero, cada una de estas generaciones, ¿cuántos años comprende?

-¡Sesenta años!

-¿Y después?

-¿Quieres ver lo que sucederá después? ¡Ven!

Y sin saber cómo, me encontré en una estación de ferrocarril. En ella había reunida mucha gente. Subimos al tren. Yo pregunté dónde estábamos. Aquel joven me respondió:

-¡Nótalo bien! ¡Mira! Vamos de viaje a lo largo de la Cordillera.

(...) Finalmente llegamos al Estrecho de Magallanes. Yo miraba. Bajamos. Ante mí veía Punta Arenas. El suelo por espacio de varias millas estaba todo recubierto de yacimientos de carbón, de tablas, de travesaños, de madera, de inmensos montones de metal, parte en bruto, parte trabajado. Largas filas de vagones de mercancías ocupaban las vías. Mi amigo me señaló todas estas cosas. Entonces le pregunté:

—¿Y qué quiere decir todo esto?

Él me respondió:

—Lo que ahora es sólo un proyecto, un día será realidad. Estos salvajes en el futuro serán tan dóciles que ellos mismos acudirán a instruirse, rindiendo su tributo a la religión, a la civilización y al comercio. Lo que en otras partes es motivo de admiración, aquí lo será hasta el punto de superar a cuanto causa estupor entre otros pueblos.

—Ya he visto bastante —repliqué—; ahora llévame a ver a mis Salesianos de la Patagonia.

Volvimos a la estación y subimos al tren para el regreso. Después de haber recorrido un gran trecho de camino, la máquina se detuvo junto a un pueblo bastante grande. Situado tal vez en el grado 47, donde al principio del sueño había visto aquel grueso nudo de la cuerda. En la estación no había nadie esperándome. Bajé del tren y me encontré inmediatamente con los Salesianos. Había allí muchas casas y gran número de habitantes; varias iglesias, escuelas, varios colegios para jovencitos, internados para adultos, artesanos y agricultores y un dispensario de religiosas que se dedicaban a labores diversas. Nuestros misioneros se encargaban al mismo tiempo de los jovencitos y de los adultos.

Yo me mezclé entre ellos. Eran muchos, pero yo no los conocía y entre ellos no vi a ninguno de mis primeros hijos. Todos me contemplaban maravillados, como si fuese una persona desconocida, y yo les decía:

—¿No me conocen? ¿No conocen a Juan Don Bosco?

—¡Oh, Juan Don Bosco! Nosotros le conocemos de fama, pero le hemos visto solamente en las fotografías. ¡En persona no le conocemos!

—¿Y Don Fagnano, Don Costamagna, Don Lasagna, Don Milanesio, dónde están?

—Nosotros no los hemos conocido. Son los que vinieron aquí en tiempos pasados: los primeros Salesianos que llegaron de Europa a estos países. Pero ¡han pasado ya tantos años después de su muerte!

Al oír esta respuesta pensé maravillado:

“Pero, ¿esto es un sueño o una realidad?”

Y golpeaba las manos una contra la otra, me tocaba los brazos y me movía oyendo el palmoteo, y me sentía a mí mismo y me persuadía de que no estaba dormido.

(...) En nuestra marcha penetramos en una floresta virgen, muy ancha, larguísima, interminable. A cierto punto la máquina se detuvo y ante mi vista apareció un doloroso espectáculo. Una turba inmensa de salvajes se había concentrado en un espacio despejado de la floresta. Sus rostros eran deformes y repugnantes; estaban vestidos al parecer con pieles de animales, cosidas las unas a las otras. Rodeaban a un hombre amarrado que estaba sentado sobre una piedra. El prisionero era muy grueso, porque los salvajes le habían alimentado bien. Aquel pobrecillo había sido capturado y parecía pertenecer a una nación extranjera por la regularidad de sus facciones. Los salvajes lo habían sometido a un interrogatorio y él les contestaba narrándoles sus diversas aventuras, fruto de sus viajes. De pronto un salvaje se levantó y, blandiendo un grueso hierro que no era una espada, pero mucho más afilado, se lanzó sobre el prisionero y de un solo golpe le cortó la cabeza. Todos los viajeros del ferrocarril estábamos asomados a las puertas y ventanillas observando la escena y mudos de espanto. El mismo Colle miraba y callaba. La víctima lanzó un grito desgarrador al ser herida. Sobre el cadáver, que yacía en un lago de sangre, se lanzaron aquellos caníbales y haciéndolo pedazos colocaron aquellas carnes aún calientes y palpitantes sobre un fuego encendido de propósito, y después de asarlas un poco comenzaron a comérselas medio crudas. Al grito de aquel desgraciado la máquina se puso en movimiento y poco a poco adquirió su velocidad vertiginosa.

Durante larguísimas horas avanzamos a lo largo de las orillas de un río interminable. Y el tren unas veces discurría por la orilla derecha y a veces por la izquierda. Yo no me fijé mucho por la ventanilla en los puentes sobre los cuales hacíamos estos cambios. Entre tanto, sobre aquellas orillas aparecían de cuando en cuando numerosas tribus de salvajes; siempre que veíamos aquellas turbas el jovencito Colle repetía:



—¡He ahí la mies de los Salesianos! ¡He ahí la mies de los Salesianos!

Entramos después en una región llena de animales feroces y de reptiles venenosos, de formas extrañas y horribles. Hormigueaban por las faldas de los montes, por los senos de las colinas, por los salientes de aquellos montes y de aquellas colinas cubiertas de sombra, por las orillas de los lagos, por las márgenes de los ríos, por las llanuras, por los declives, por las playas. Los unos parecían perros con alas y eran extraordinariamente gordos, de abultado abdomen, símbolo de la gula, de la lujuria, de la soberbia. Otros eran sapos grandísimos que se alimentaban de ranas. Se veían ciertos escondrijos llenos de animales de formas diversas de los que nosotros conocemos. Estas tres especies de alimañas estaban mezcladas y gruñían sordamente como si quisieran morderse. Se veían también tigres, hienas, leones, pero diferentes de las especies comunes de Asia y África. Mi compañero me dirigió entonces la palabra diciéndome mientras me señalaba aquellas fieras:

—Los Salesianos las amansarán.

(...) Mientras contemplaba aquel mapa a la espera de que el jovencito añadiera alguna explicación, emocionado por la sorpresa de lo que tenía ante mis ojos, me pareció que Quirino tocara el Ave María del alba, pero me desperté y me di cuenta de que eran las campanas de la parroquia de San Benigno.

El sueño había durado toda la noche.»

Inv. n°: 587

Material: cuadernillo extraído de libro

Dimensiones: 20 x 16,7 cm

Sala: P

## PIEZA N° 134

Testículos en formol

Este frasco se encontraba en los estantes del laboratorio de química del Colegio Salesiano de Punta Arenas. Por mucho tiempo se creyó que estos testículos pertenecían a un vacuno semental; sin embargo, posteriores estudios dieron a conocer que se trata de órganos humanos, específicamente de un hombre adulto de gran talla y unos treinta años de edad. Al no haber registros de emasculationes a habitantes blancos de la Patagonia, se ha supuesto que su origen puede ser otro. Una pista la entrega el padre salesiano Alberto de Agostini: «Se llegó a pagar una libra esterlina por par de orejas de indios. Al aparecer con vida algunos desorejados, se cambió la oferta: una libra por par de testículos».

Inv. n°: 593

Material: vasija de vidrio con formol

Dimensiones: 22 x 14 cm

Sala: P

## PIEZA N° 10

Relación de Alexander MacLennan (1896)

Lord Kitchener siempre lo decía: lo que es útil para el enemigo debe ser quemado. Y esto es lo que yo le digo a usted: quemar la Tierra del Fuego no sería una atrocidad, hablamos de una guerra entre el indio y el hombre civilizado. ¿Sabe por qué? Porque no importa lo altos y fuertes que sean, estos indios son tan brutos que nunca se adaptarán a nuestro mundo. Esos bárbaros nunca podrán convivir con los blancos, mientras antes los acabemos será mejor. Ponga atención: lo mejor que se puede hacer con ellos es matarlos; eso es un acto cristiano. Aunque, claro, se necesita coraje. No cualquiera tiene los cojones de apuntarles directo a la cabeza y volarles los sesos en el viento patagón.

¿Cree usted que el cautiverio es hacerle justicia a esas bestias espléndidas? Los curas salesianos son unos hipócritas: disfrazan de caridad el hecho de que están dispuestos a explotar hasta la muerte a esos salvajes. ¿Cree usted que meterlos en esos cobertizos de madera que llaman misiones, a morir podridos con enfermedades importadas, es verdadera caridad? Basta con recordar a ese indio magnífico, Hektliohlh, que los curas explotaron hasta la muerte. ¿No fue usted, Bridges, el mismo que me contó que le había dicho en su lengua que se estaba muriendo de angustia en esa misión de podredumbre? Lo recuerdo claramente. No me sorprende que los curas se hayan puesto nerviosos cuando lo escucharon hablar en su lengua con él, si a fin de cuentas era un alivio que los niños no hablasen más español que el Ave María y el Padrenuestro. Y qué me dice de las ropas que les daban. De sólo imaginar a Hektliohlh con los pantalones de un hombre de mi altura me pongo a escupir de la risa.

A nadie le importan verdaderamente esos bastardos. Lo mejor que puede ocurrirles, y es algo que incluso mi patrón me concede con resoplidos mudos, lo mejor para ellos es que haya alguien con suficiente valor para prenderle fuego a toda esta isla del demonio, y así que ardan las chozas con todos esos animales adentro, por el amor de Dios. Se lo he dicho infinitas veces a don José: jefe, son ellos o nosotros.

Inv. n°: 599

Material: papel roneo mecanografiado (transcripción)

Dimensiones: hoja carta

Sala: P

PIEZA N° 16

Francisco Calhuante, habitante de Porvenir (1914)

Francisco Calhuante formó parte del primer grupo de chilotos que llegó a poblar Porvenir en los albores del siglo XX. Era originario de la caleta Matao, comuna de Quinchao. Se hizo conocido por la extraordinaria historia que, según su testimonio, le había ocurrido en su caleta de origen, donde vivía con su esposa y dos hijos.

Una noche de verano, mientras Calhuante pescaba, divisó en un roquerío a una loba marina amamantando a su cría. Bogó hacia los animales en silencio y saltó al roquerío con el remo en las manos, para azotarlos. Noqueó a la madre y mató al lobezno, lo cargó en el bote y huyó de la loba, que daba coletazos en la roca sin lograr despertarse. Ya en su casa, frente a la playa, faenó a la cría para extraer su aceite.

Durante días se pudo oír a lo lejos el estremecedor aullido de la loba. Cuando dejó de oírse, una noche caliginosa, alguien tocó a la puerta de la casa del pescador. Eran tres marinos; aseguraron pertenecer a la tripulación del *Caleuche*. Dijeron a Calhuante que sabían lo que había hecho, y que pagaría el equivalente al mal causado. Sin decir más, los tipos se fueron. Calhuante lanzó piedras, pero pocos metros más allá las figuras se perdieron en la bruma.

Al día siguiente, el hijo mayor de Calhuante amaneció enfermo. Su estado empeoró rápidamente y llegó a tener alucinaciones en que su padre lo azotaba con un remo; murió dos días más tarde. Calhuante, presa del dolor, y con la intención de salvar a su hija pequeña, inscribió a su familia para mudarse a Puerto Porvenir. Abandonó su casa, que creía maldita. Una vez en Tierra del Fuego, narró su historia a todos quienes quisieron escucharla.

Inv. n°: 601

Material: gelatina de plata sobre papel

Dimensiones: 35 x 27 cm

Sala: R

## PIEZA Nº 92

Cruz de la Orden del Mérito Militar con distintivo blanco,  
3ª clase honorífica, reinado de Alfonso XIII

Condecoración sobre placa en forma de estrella de 8 puntas constituida por un conjunto de 80 rayos en oro, unidos dos a dos, formando ráfagas. Cada grupo de rayos está formado por 5 rayos dobles facetados imitando diamante, con sus extremos ligeramente apuntados, de aproximadamente 1,5 mm de grosor. Ráfaga calada con los rayos de plata sobredorados. Sobre esta, cruz de oro, esmaltada, de 4 brazos iguales de 44 mm de largo y 12 mm de ancho. Anverso: presenta sobrepuesto formado por una cruz griega de cuatro brazos iguales esmaltados de blanco. Sobre el brazo superior, cartela (de plata) para inscripción (no consta) de 2,5 mm de alto y 6 mm de largo, sobre esta, solidaria con ella, de oro, corona real. Entre sus brazos 4 flores de lis. Sobre el todo (punto de unión de los brazos de la cruz), centro de forma circular de 48 mm de diámetro esmaltado con escudo con las Armas de España, contracuartelados de 5 cuarteles, 1º y 4º de Castilla y 2º y 3º de León, Granada en punta; en el centro del abismo, escusón. Sobre este de oro, tres flores de lis en campo azul. Reverso: liso, salvo los enganches para sujeción de la cruz, de forma de remache, sin tapón, con la marca en tinta indeleble del número

del inventario. Sistema de sujeción con bisagra y púa y enganche. Tiene otros dos enganches simétricos con respecto al eje de la púa, para las presillas del uniforme.

Le fue concedida al empresario asturiano José Menéndez como agradecimiento por una serie de donativos por varios cientos de miles de pesetas a la Corona española. Según un artículo aparecido en la revista *Argentina Austral* (nº 144, junio de 1943), al momento de condecorarlo el rey dijo al empresario: «Don José, es usted de raza de conquistadores y digno representante de ellos». Sin embargo, por tratarse de una publicación financiada por la familia Menéndez, los detalles se han puesto en duda.

Inv. nº: 607

Material: metales varios

Dimensiones: 60 x 60 mm

Sala: P

## PIEZA N° 140

Cráneo perforado de selk'nam

Entre los años 1895 y 1897, un grupo de exploradores suecos, dirigidos por el Dr. Otto Nordenskjöld, realizó una incursión en Tierra del Fuego con el objetivo de investigar la geografía, geología, antropología, flora y fauna de la isla. De esta investigación surgieron muchos datos geográficos de esa *terra ignota*, como también un gran acervo de piezas óseas pertenecientes a aborígenes selk'nam. De los estudios que luego se publicaron en revistas científicas destaca el de J.V. Hultkrantz, quien se enfocó en la osteología particular de los fueguinos. Fue el Dr. Hultkrantz quien descubrió tres esqueletos de indígenas asesinados a balazos en el otoño de 1894. Habían robado ovejas de los colonos en Estancia Punta Delgada, en el norte de la isla (52° 55' L.S., 69° 10' L.O.), y en consecuencia fueron ultimados a tiros en la cabeza y lanzados a una fosa común abandonada sin cubrir.

La expedición sueca halló los cadáveres momificados y trasladó dos a Estocolmo, mientras que el tercero fue donado a un museo regional. Este mantuvo la momia guardada en una bodega por décadas, y el espécimen se fue deteriorando y perdiendo partes hasta quedar sólo un cráneo completo, el que a su vez fue donado al Museo de la Bruma.

La parte superior del cráneo presenta un orificio de penetración de proyectil calibre 44. Según el investigador Mateo Martiñic (1990): «De aquí se infiere que el propósito punitivo no se habría cumplido por parte de los represores con la mera captura de los indígenas para su eventual traslado a la Misión Salesiana de San Rafael (Isla Dawson), y que, por consecuencia, únicamente la muerte de los mismos pudo tenerse como reparación suficiente para el abigeato causado, en la perspectiva más amplia del esfuerzo colonizador pastoril. El hecho de tratarse de varones, y de haberse empleado contra ellos balas de calibre grueso, confirma nuestros datos sobre el armamento empleado por los colonizadores (1972:62). Esta criminal, injustificada e inaceptable conducta lleva a conjeturar acerca de si la misma pudo ser casual o, más bien, respondió a una norma establecida de facto en el curso del proceso colonizador ganadero».

Inv. n°: 613

Material: hueso

Dimensiones: 196 x 165 x 178 mm

Sala: P

Mucha gente lo quería y mucha gente no lo quería, eso está claro. Es que hay alguna gente que son, con una mente así [emite un ruido crujiente], igual que esos caballitos que les ponían una visera aquí, para que solamente miraran para allá. Nosotros le llevábamos delegaciones de repente. Me relacioné, como yo era de la Cruz Roja y bombero, me relacioné mucho con las delegaciones que ellos traían de Punta Arenas. Entonces empezamos a buscar partes donde realmente estos gallos se entretuvieran, que encontraran algo bueno, porque Porvenir como pueblo... Ahora es un poco más lindo pero Porvenir como pueblo antes era feo, chico. Pero con unos alrededores hermosísimos [risas], que ya no están en algunas partes esos alrededores, el hombre ya los desarmó ya [risas]. Entonces nosotros seguíamos algunos puntos históricos de Porvenir y después los llevábamos a la fábrica de centolla, y cuando querían ir a una fábrica más lejos los llevábamos a Rosario, que es donde estaba la primera fábrica de centolla que tuvo Rauff. Ahí llegaban, ponte tú, los atletas del Naval, que venían a correr a las postas acá, lo que era muy bueno; los recibíamos en el muelle, abajo, los llevábamos a hacer una especie de city tour y de ahí caíamos donde el viejo. Él era muy amable, nos explicaba todo el proceso de la pesca de centolla y hacíamos los medios asados. Entonces después, cuando ellos recibían a sus parientes del norte los traían para acá para hacer el mismo city tour.

Y así estuvimos entreteniéndonos varios años; y ahí es donde yo conocí al viejito este. En ese tiempo el cabro de él parece que estaba estudiando ahí en la Adolfo Matthei de Osorno. Venía en el puro verano no más. Yo conocí a muchos alemanes. Igual que yo me fui un tiempo de inspector

del Trabajo a Osorno, y conocí a todos los Hott, a don Martin Pusch, que en paz descanse, que ese no se quiso ir de Chile... Lo echaron de Chile, en el tiempo de Allende; pisó el suelo alemán y se murió del corazón. ¡Estaba rebién el viejo! ¡Y lo sacaron porque era alemán no más! Es que llegó Allende y a todos los que eran dirigentes del grupo alemán les expropiaron las tierras. Nada que ver con la guerra ni nada; de la guerra el único personaje concreto, que nosotros conocimos aquí y todo, fue Walter Rauff. Él estaba viudo y llegó solo acá; acá no le conocimos ninguna cosa, al hijo no más, como te decía, que de pronto cuando estaba de vacaciones, el último o el penúltimo año, empezó a venir el Walter chico. (...) Yo tuve que ir en mayo o junio [de 1984] a firmar unos papeles a Santiago, porque había tenido un problema, y mientras estaba firmando los papeles falleció este caballero. Y fui a donde lo estaban velando y lo vi en el féretro. Era viejito ya. ¡Pero era bien activo el viejo! Andaba siempre paseando con sus perros; en ese tiempo, en que no estaba el frigorífico, toda esa parte era campo, y él vivía abajito; entonces llegaba, atravesaba con los perros, hasta llegar al camino, doce kilómetros más allá, y después se devolvía por el camino con sus perros.

La única vez que una persona le preguntó más o menos insistente de ese asunto [sus acciones en la guerra], él le contestó: «Mira, nosotros éramos jóvenes y teníamos dos opciones: o cooperábamos o nos mataban». Entonces le preguntaron si él había sido realmente nazi, y dijo que no, que él trabajó para ellos para salvar la vida, pero que nunca se sintió nazi. Eso me lo recuerdo como si fuera hoy. Pero de ahí, más allá... No me acuerdo qué periodista estaba con nosotros, que era de Punta Arenas, ¡y era porfiado pa' preguntar el huevón! Fue insistente. Pero, te digo, el viejo era absolutamente..., se veía absolutamente bonachón, y por eso nosotros nos extrañábamos... Y cuando contestó eso nos dimos cuenta de que ¡a lo mejor era verdad!



Yo después conocí curas, en Valdivia, San José de la Mariquina, curas alemanes que habían sido nazis. Pero por obligación. El padre Enrique Brüning, que llegó a ser capitán de paracaidistas en la guerra; entró al ejército cuando el nazismo todavía no existía, pero fue capitán cuando el hitlerismo, dijéramos, invadió toda Alemania; después, por intermedio de un obispo se vino a Chile. Feuerhake también había sido capitán de ejército. Casi todos eran bávaros. Decían que ellos no estaban ni ahí con el nazismo, pero que se vieron obligados porque eran militares o eran capellanes y los agarró la guerra.

A varios de ellos yo les pregunté sobre este caballero y todos tenían buena impresión de él. Este era ingeniero de transportes, como decimos nosotros ahora. Es todo muy contradictorio, cierto, pero te voy a decir una cosa: es lo mismo que las cosas que suceden ahora en Chile. Yo tengo más de setenta años, setenta y seis años, y de repente me cuentan cosas de aquí de Porvenir que no juntan ni pegan con la realidad; gente nueva que ha llegado, que está en cargos intermedios en la Municipalidad, en la Gobernación, y yo les digo: ¡Pero qué me vienes a decir eso así, si cuando sucedió tú no tomabas leche todavía y yo ya estaba vivo! [risas] ¿Vas a estar mucho tiempo acá? [cae un gran vidrio del librero de Gligo y se quiebra con estruendo; se detiene la entrevista para recoger los pedazos].

Inv. n°: 617

Material: archivo de audio formato AAC, 36'25", 16.9 MB

Sala: R

## PIEZA N° 118

«Sueño», de Pedro Fabre, escritor magallánico (1898)

Anoche soñé que viajaba en un carro tirado por un ratón blanco. En qué lugar estábamos no lo sé, porque era la noche tan profunda que no se veía nada alrededor, sólo distinguía delante de mí el lomo de la rata, su pelaje blanco que subía y bajaba mientras avanzábamos. Quizás había una luz sobre mí que iluminaba el cuarto trasero del roedor y por eso el fulgor era tan corto, tan acotado al espacio que mantenía nuestra distancia. Cuando el ratón hacía un movimiento de cabeza hacia un lado, como buscando hacia dónde torcer, podía ver sus ojos de un rubí opaco. El carruaje corcoveaba por unos baches invisibles en el camino. Creo que mi función era solamente sostener las riendas, soportar su ligereza, sin nunca tirar. Mi vista iba fija en el camino, o más bien en el lomo de la rata blanca, en sus contorsiones y saltos. Comencé a preguntarme qué tipo de ser era yo. Me di cuenta, en el sueño, de que no podía mirarme a mí mismo, de que nunca podría. Luego me pregunté si llevaba carga, pero el carro no parecía llevar más peso que mi cuerpo y el ruido nítido de la tierra o la nieve escupida desde las ruedas daba la idea de la ausencia de una barrera física, de algo más grueso que el solo polvo de la noche.

Entonces huíamos. Huíamos o íbamos a toda prisa llevando una noticia. Aunque nada estaba escrito en mi mente. Simplemente íbamos, ¿o veníamos? La urgencia de la rata, sus contorsiones bruscas y antojadizas me hicieron pensar en un huida. No parecía, sin embargo, que hubiese una amenaza especial. Tan solo el tedio del viaje nocturno. Ahora, pero sólo ahora mientras escribo, imagino un cobertizo cálido, de paja, para la rata, y una cabaña con chimenea para mí. No lo sé. Sólo guardo la imagen de ese lomo ascendente y descendente,

sus pelos erizándose y relajándose como algas blanquecinas bajo una marea ondulante. Y la sensación de ser yo sin ser yo. Me han dicho que soy un hombre, que me llamo Pedro Fabre, nacido en mayo de 1868, pero esa información ya estaba ahí cuando nací. Y aunque todavía nadie la ha puesto en duda, tampoco he encontrado a quien pueda confirmarla.

Inv. n°: 619

Origen: donación de la Fundación Fabre

Material: papel de carta

Dimensiones: 297 x 210 mm

Sala: Ch-M

## PIEZA N° 20

Nosotros los selk'nam

Vivo hace dos años en esta ciudad, y desde que vine por primera vez al museo no hay noche en que no sueñe o me despierte pensando en los selk'nam. A veces es sólo una imagen, un chispazo. Pero cuando el viento se deja escuchar en las calles, en el tintineo de los carteles en las esquinas, en el zumbido de los cables, tal si fuera un fantasma gigante que trata de decir algo, entonces no logro despegarme la visión de los indígenas caminando en grupo, en algún lugar de la Tierra del Fuego. Los veo avanzando apiñados, casi reptando, el hombre por delante, la mujer detrás, los niños en medio, todos envueltos en una misma piel de guanaco. Oigo sus pies callosos, golpeando la nieve y sacando el hielo de debajo de las piedras. Los veo zigzaguear sobre el terreno, buscando emerger al fin de la ventolera, y ahí, entre unos arbustos, levantar su toldo, juntar la leña y arrojar sus hongos inflamables para prender rápido el fuego. Veo al hombre o a la mujer moviendo las manos, mientras tres o cuatro niños se abrazan, niños a los que sólo se les ve la melena sucia, los ojos grandes y las narices. Y no logro dejar de pensar en los barcos. A lo lejos diviso a los barcos navegando bajo las estrellas. Cada uno trae una pieza de la gran muerte, de la sombra negra que se cierne sobre Tierra del Fuego sin que los selk'nam alcancen a verla.

Al día siguiente, después de una noche de viento, el día amanece claro y los niños, ya descongelados, dan en su lengua el aviso de un chulengo que encuentran pastando a pocos metros del toldo. Sacuden el enorme cuerpo del padre que duerme, pesado, junto a su arco y su flecha. El sol descansa en su nido de nubes sobre las puntas de una cordillera que lleva el nombre de una divinidad olvidada. La claridad del día borra las penurias de la noche. El juego se impone. La mujer hace un fuego para

calentar unos huevos de caiquén. Y los barcos se siguen acercando, a miles de kilómetros, sin que los maravillosos sentidos del selk'nam, su vista, su oído privilegiado, logren detectarlos.

Y ver así, desde la enorme distancia del espacio, el fuego familiar y el surco de los navíos me hace pensar si no seremos nosotros los selk'nam. Vivimos el día a día, indolentes. Nos preocupamos de comer, de vestir, sin pensar en que quizás unos barcos se aproximan en el mar sideral trayendo la aniquilación. ¿Cuántos años vivieron los selk'nam en la Tierra del Fuego sin imaginar lo que pasaría? Tal vez alguno, así como yo me desvelo ahora, soñó la desaparición de todos sus descendientes, sin poder hacer nada. Y quizás lo dijo, como yo, pero nadie se resguarda de lo que no amenaza. La absurda idea de los dioses que protegen y cuidan, de los paraísos inmortales, es el mayor consuelo y la trampa más grande que el ser humano opone a sí mismo. Algún día vendrá el Extranjero y será el fin de todo lo que hemos vivido.

Vuelve a sonar el viento, lo oigo morder las planchas de zinc de las casas vecinas. Pienso en esa familia selk'nam, en qué habría pasado si hubiesen dejado sus hábitos nómadas para construir castillos, fuertes donde protegerse de los ataques. Y me digo: cada uno de sus triunfos diarios de subsistencia fue una pequeña derrota en la gran guerra contra la muerte. La misma que se nos avecina. La guerra que acabará con nosotros para siempre, indolentes y estúpidos humanos, demasiado confiados en la soledad de nuestra isla terráquea, alejada de todo en el universo.

Inv. n°: 631

Fuente: escrito en libro de visitas del antiguo museo

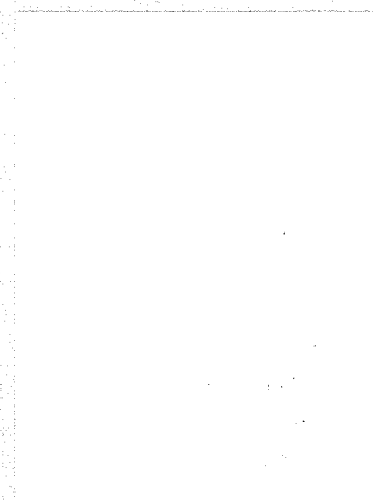
Material: papel con líneas

Dimensiones: 297 x 210 mm

Sala: P

## PIEZA N° 37

Walter Rauff en karategui (Colonia Dignidad, 1974)



Esta fotografía fue tomada durante un entrenamiento de artes marciales en Villa Baviera. Se sabe que Walter Rauff impartió cursos a los agentes de la DINA, posiblemente de la técnica marcial creada por él mismo y basada en una combinación de karate y judo. Rauff es el hombre de kimono en posición *zenkutsu dachi*, con el brazo derecho extendido hacia el abdomen de un pupilo, Franz Bäar.

Inv. n°: 641

Material: papel fotográfico

Dimensiones: 12 x 7 cm

Sala: Ch-M

## PIEZA Nº 8

*Dios en Tierra del Fuego*, de Carlos Keller (1947)

En este libro, narrado por un supuesto indígena selk'nam, el autor Carlos Keller (1897-1974) nos introduce en las creencias de los antiguos habitantes de Tierra del Fuego. Los motivos fueron tomados de las obras del padre Martín Gusinde *Die Feurland-Indianer*, tomo 1, y *Die Selknam* (Viena, 1931). El libro está abierto en las páginas 38 y 39, donde se lee el siguiente fragmento:

«Una de las acciones que más agradecemos a Cuányip fue habernos salvado de Cásquels, un monstruo antropófago que vivía en aquellos tiempos. Ya tendré ocasión de hablaros de él.

Pero sin lugar a dudas el hecho más destacado realizado por Cuányip fue haber introducido la muerte en este mundo.

Ya os expliqué que Quenós y los hóhuen eran inmortales, pues cuando se les enterraba, por haber llegado a la ancianidad, resucitaban de inmediato a la vida y eran jóvenes y robustos.

Es para nosotros difícil imaginarnos una vida que no tenga fin. Nos parece natural que, al llegar a una edad muy avanzada, nuestro cuerpo se muestre cansado, y el cáspi\* lo abandone, quedando inerme. Es este hecho algo que consideramos inevitable. Cuando yo muera, sé que mis hijos e hijas y mis nietos y nietas llegarán a mi lecho de muerte, para despedirse de mí. Pero lo harán calladamente,

\* El cáspi [Káshpix] es como llamaban los selk'nam al alma o espíritu.

sin pronunciar una sola palabra. ¿Para qué quejarse cuando se trata de algo inevitable? Después, ya muerto, tenderán mi cadáver sobre mi capa de pieles, lo reforzarán con algunas ramas sacadas de los árboles de la celda y amarrarán bien el bulto con algunas correas de cuero de guanaco. Sólo entonces –sé– estallarán en lamentaciones, las que se prolongarán durante uno o dos años, todos los días, en la mañana y al anochecer. Vendrán cuatro o seis hombres, tomarán el bulto y lo llevarán a la selva, donde harán una tumba en un lugar escondido y de difícil acceso, cubriendo en ella mi cadáver de piedras y ramas, para que los zorros no lo vayan a profanar. Dentro de algún tiempo volverán nuevamente a inspeccionar el lugar, para cerciorarse de que ello no haya ocurrido. Después, nadie más visitará la tumba, ni nadie sabrá dónde se encuentra. Mi cáspi, en cambio, se habrá dirigido al cielo, para vivir allá junto a Temáuquel, siguiendo, como decimos, el camino de Quenós».

Inv. n°: 643

Material: libro impreso

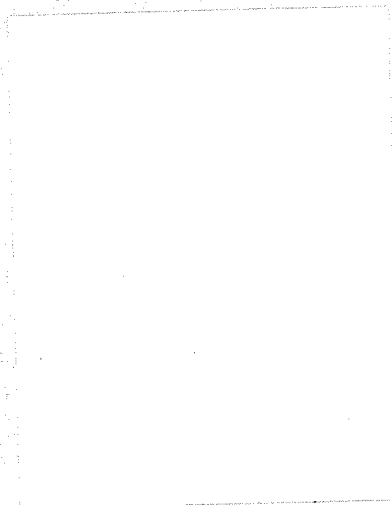
Origen: Santiago, Editorial Zig Zag, 1947

Descripción: 122 p. : il.

Sala: P

**PIEZA N° 672**

Retrato de William Shakespeare con libro de Pigafetta (1610)



Este retrato, en el que aparece el afamado autor inglés junto a una edición de los *Viajes* de Pigafetta, nos ayuda a entender en qué se basó el dramaturgo para ciertos pasajes de *La tempestad*, donde un salvaje llamado Calibán menciona al dios de su madre, Setebos; el mismo que, según Pigafetta, adoraban los patagones en Tierra del Fuego.

Inv. n°: 647

Origen: donación de Bruce Chatwin

Material: óleo sobre tela

Dimensiones: 42 x 20 cm

Sala: Ch-M

**PIEZA N° 128**

Carta de respuesta del gobernador a la petición de traductores de lengua selk'nam. Punta Arenas, 6 de febrero, 1896

U.S.;

He tenido el honor de recibir el oficio de U.S. n° 16 del 5 del corriente por el cual U.S. solicita de esta Gobernación intérpretes de lengua ona para poder comunicarse con los indios fueguinos que figuran en el sumario que U.S. instruye.

Desde luego puedo adelantar a U.S. que le sería imposible a esta Gobernación proporcionar los intérpretes que necesita el tribunal en este caso. Agregaré algunas consideraciones en (¿aparte?) de esta circunstancia.

Las relaciones entre la población civilizada del territorio y los indios onas que habitan la Tierra del Fuego han sido nulas o escasas hasta los sucesos que motivaron la conducción a Punta Arenas de un grupo numeroso de esos salvajes, y no ha habido tiempo ni ocasión para que algún indígena se familiarizara con el español o recíprocamente para que un individuo que posea el castellano llegara a poder expresarse en ona, y, aunque es verdad que existen en Punta Arenas niñas onas adoptadas por algunos vecinos, sucede siempre que olvidan el idioma nativo o no tienen un desarrollo de ideas suficiente para servir de intérpretes.

Así la india Chonga o Covadonga que vive en la casa del señor Stubenrauch, cónsul de Alemania, donde ha sido educada, comprende y habla el español y el alemán, pero es sólo capaz de comprender y expresar ideas muy limitadas en armonía con sus antiguas costumbres sencillas y primitivas propias de las tribus nómadas a que pertenece. Además se ha observado que estos indígenas se resisten tenazmente a hablar entre

ellos delante de extranjeros y mucho menos se prestan a traducir inmediatamente lo que sus compatriotas digan.

Para poder comunicar con los indios traídos de Punta Arenas fue forzoso dejar a la Changa sola con ellos y obtener después de esa, poco a poco, en los días sucesivos, algunas cortas observaciones sin valor.

Entiendo que en la misma situación que dejo descrita se encuentran los naturales que atienden los salesianos en la isla de Dawson, pues sólo en el curso de año pasado se han llevado por primera vez indias onas de la misión de Bahía Harris. Si hay algún indio que entienda el español no creo que esté en aptitud de interpretar sino cierto orden restringido de ideas referentes a sus hábitos ordinarios o a las más apremiantes necesidades de la vida. El ona es extremadamente receloso y reservado, y no conozco caso de alguno que haya comunicado algo sobre las costumbres, creencias, ritos, etc., de la raza, si algo de los últimos existe entre ellos.

Creo dejar contestado con lo expuesto la atenta nota de U.S. que he mencionado.

Dios guarde a U.S.

Inv. n°: 653

Material: papel ajado, mecanografiado

Dimensiones: 279 x 216 mm

Sala: P

## ESPACIO DISPONIBLE PARA PIEZA SIN NUMERAR

[Espacio para horrores futuros]



## PIEZA N° 111

Testimonio del doctor Benoît Vasse, visitante en Isla Dawson (2010)

Siempre es lo mismo con los tours por el día: dicen que van a llegar a una hora determinada a buscarte al hotel, pero luego ocurre que se demoran o se adelantan demasiado; sobre todo en Latinoamérica, donde la puntualidad es casi inexistente. Esa mañana, por suerte había alcanzado a probar una parte del desayuno cuando apareció en la puerta una mujer con un papel arrugado. «Sr. Vasse, lo buscan», me llamó la recepcionista, y fui, pero no logré hacerme entender cuando pregunté si había baños públicos en la isla, porque, aunque hablo español, el chileno es un idioma muy diferente, y más aun el del sur. La mujer respondió «sí, sí» y en realidad me pareció de lo más lógico, que un lugar turístico, mismo si es tétrico, tenga al menos un orificio donde arrojar los fluidos. No era urgente, en realidad, ni siquiera tenía ganas de ir. Éramos unos diez pasajeros y el trayecto en el bote duró cerca de tres horas.

No era un servicio turístico muy típico, visitar Dawson. Alguien me había entregado un volante a la salida del Museo Salesiano. Después supe que era una cosa muy nueva.

Fue un viaje inolvidable, pero no por el tour. El desempeño de la guía fue francamente decepcionante, por no decir una estafa: sólo cuando llegamos allá nos dijeron que los galpones que habían servido como centros de detención todavía pertenecen a la Armada y por lo tanto no hay acceso. Así que la visita estaba restringida a algunos lugares de Puerto Harris, más específicamente a un recorrido a pie desde el muelle hasta un panel informativo ubicado en la cima de un roquerío, junto al mar. La guía nos condujo hasta allí y luego nos invitó, y con total desparpajo, a «recorrer el lugar y sentirse como lo hicieron

los prisioneros políticos de Isla Dawson». Según ella teníamos que sentir el frío y el viento helado y ponernos en los zapatos de los detenidos. Vergonzoso, y por supuesto algunos de los turistas se lo hicimos saber.

De todos modos la isla es un entorno impresionante, pero el clima inhóspito no llama sino a tomar un par de fotos y regresar al barco.

Yo no era el único francés entre los visitantes, por lo cual la guía tuvo que resistir el embate de quejas sucesivas de mis compatriotas; usted sabe, los franceses y la queja. No había cruzado palabra con nadie hasta el momento, pero en esa situación todos empezamos a reclamar. Por mi parte, ahora sí, mi necesidad de ir al baño se hizo imperiosa, así que me acerqué a un uniformado que vigilaba el muelle para preguntar si había alguna caseta, a lo que, muy gracioso, me respondió que él ya estaba habituado a hacer «sus necesidades» –con todo respeto, me parece gracioso cómo los chilenos dicen «mis necesidades», como si lo único que necesitaran en sus vidas es ir al baño–, bueno, me dijo que él iba al baño en su casa antes de salir a trabajar. En fin. Hizo un ademán y con palabras nada cordiales me invitó a alejarme y buscar un lugar cerca de la costa.

Así que caminé hasta un roquerío pensando que ahí encontraría una piedra de altura suficiente para cubrirme mientras orinaba. Corría mucho viento y, aunque algunos del grupo seguían discutiendo con la guía, otros habían obedecido y ya comenzaban a buscar en los alrededores algún sitio donde pudieran imaginarse algo parecido a los cobertizos donde habían pasado penurias aquellos famosos políticos. Y nadie me vio alejarme, supe después, cuando me encontré con una pareja de franceses en un restaurante y me contaron la otra cara de la historia.

Llegué hasta un roquerío junto a la playa, diría unos seiscientos metros de donde estaba el grupo. Encontré una pie-

dra que servía a mi propósito. ¿Usted ha orinado en el frío? Era comienzos de julio, pleno invierno, y le diré que es una sensación muy particular. Por suerte tuve tiempo de guardar todo... [gesto en el pantalón], porque fue muy sorprendente... Me parece que es algo del limo de la zona, quizás la tundra, que reparte los fluidos a través de una pequeña capa mucilaginosa, aunque vegetal, volviéndose más resbaladiza la piedra. Caí de espaldas, me desmayé, perdí el conocimiento. Desperté lo que creí unas horas más tarde con un chichón en la cabeza y ya era de noche! Miré el reloj y eran apenas las cuatro y cuarenta de la tarde, pero la oscuridad se había lanzado en picada sobre la isla. Me apuré en correr de vuelta, ansioso, y al llegar hasta una barrera del Ejército comprobé que todos se habían ido: no sólo el grupo, también el guardia que estaba cuidando el muelle.

Me dije, seriamente: o camino hasta las casas que se ven allá o me voy a congelar. Así que emprendí camino, casi a ciegas, hasta que escuché una voz de niño: «¿Es el doctor?». ¡Me buscan!, pensé, aliviado, enviaron a alguien al darse cuenta de que no estaba en el bote. ¡Pero sólo había una voz! El resto, oscuro, oscuro, oscuro. Miré a mi alrededor pero no encontré la cara de la voz y luego sonó otra voz, diferente a la anterior, que dijo: «No sé».

«¡Soy el doctor!», dije, al aire, porque es verdad. Soy traumatólogo. Los muchachos estaban detrás de mí. Eran indígenas y se veían muy pobres. Iban con ropas hechas de una arpillera gruesa. Tenían unos manchones y me pareció que eran marcas de tinta, como de sacos de papas. «¡Por fin!», dijo uno que era bien alto. El más chiquito me tomó de la mano. Mire, si junto los dedos todavía puedo sentir la rugosidad, la dureza de su piel, era una mano fría como el viento, como todo lo que había allí. Yo los seguí, qué más iba a hacer. Se conocían el camino de memoria. Trepaban las rocas y el más grande me avisaba a cada bache del camino para que levantara un pie o el

otro. «¿Es el doctor?», dijo de pronto otra voz, ahora femenina. «¡El doctor, el doctor, llegó el doctor!», gritó el pequeñito.

Distinguí apenas el rostro de la niña, que tendría unos catorce años. La luna soltaba algo así como una luz en polvo que hacía ver plateadas las tecas de los niños que, por los rasgos, debían haber sido muy morenas.

«¿Dónde viven ustedes?», les pregunté en castellano. «¡En el refugio!», me respondió el alto. «¿Con sus padres?», pregunté de vuelta, pero no dijeron nada. Ni siquiera me miraron. No valía la pena preguntar más si ni conocía la geografía de la isla. Habíamos avanzado casi un kilómetro cuando nos encontramos de golpe con otro grupo de niños. Eran dos de unos once años y otra muchacha un poco más grande, de unos diecisiete, con un bebé en brazos. «¡La niña está enferma, doctor, vea a la niña!», me gritó. Pero el alto apuró el paso y dijo que llegando al refugio los vería a todos.

La voz del muchacho se fue hacia delante, y al seguir el sonido distinguí una luz. A unos ochocientos metros se veía claramente el contorno de unas ventanas y una columna de humo. Pensé que debían ser hijos de los militares de la base. «¿Conoce al padrecito?», me preguntó uno de ellos, no alcancé a ver cuál. «¿A qué padrecito?» Pero no supe quién había preguntado y tampoco lo iba a saber, porque en ese momento aparecieron de la nada los focos de un jeep militar, que no sé si estaba estacionado o venía avanzando con las luces apagadas. Me sorprendió mucho. Un soldado me apuntaba con un rifle desde la capota abierta del vehículo. «¡Alto ahí!», gritó. Las luces me encandilaron y cuando me recuperé vi que los niños se habían escondido. «¡Identifíquese!», dijo el soldado, y yo sólo atiné a gritarle «¡Turista, turista!», porque, me dije, cualquier otra cosa que dijera en mi mal español, y con los nervios, podría complicar mi situación.

Me giré a un lado y otro, buscando a los niños entre las piedras o los arbustos, pero no se veían. «¡Qué se le perdió!», gritó

una voz, no sé si era el chofer o el que me apuntaba con fusil, pero el tono, aunque seguía siendo autoritario, era menos agresivo. Y se asomó el chofer, que era un sargento. Dio una instrucción que no entendí y el del fusil se llevó el arma a la espalda. Se bajó de un salto del jeep y comenzó a registrarme. Encontró mi billetera y sacó mi pasaporte. «Benôit Vasé.» Lo pronunció mal, pero por supuesto no le dije nada [risas].

Me preguntaron y les conté lo que me había pasado. Les mostré el chichón en la cabeza, que confirmó un poco mi versión. De pronto el sargento, como asustado y echando una mirada alrededor, dijo: «Vámonos de aquí».

Cuando ya estábamos arriba del jeep me preguntó «¿Usted es médico?». Y yo: «Sí, sí». Me puse a hablar de Francia, me quejé contra la agencia de turismo, hablamos de vino, me preguntaron por las francesas; puros clichés. Y luego, cuando me sentí, digamos, más en confianza, les pregunté por los niños, si vivían por ahí, si eran sus hijos. Pero se hizo un silencio sepulcral. Luego habló de nuevo el sargento, mirando por la ventana: «Esos niños llevan años esperando ayuda... Por eso ya no tenemos médico en la isla; apenas llega uno empiezan a molestar».

Creí que me estaban haciendo una broma y esperé la risa cómplice entre ellos, pero miré al soldado del fusil y tenía la cara blanca como papel.

Al llegar a la base encontramos la lancha turística: la guía estaba tan ofuscada por las quejas que se había olvidado de contar a los pasajeros. Llegaron a Punta Arenas, a algunos tuvieron que devolverles el dinero, y partió el dueño de la agencia solo en una lancha a buscarme antes de que la Armada lo apresara. El sargento lo amonestó duramente y el empresario turístico me regaló como *souvenir* una camiseta que decía «Yo sobreviví a Isla Dawson».

«Tercer y último viaje que hacemos a Dawson», me decía, mientras giraba el timón. Y gemía, casi: «Es que así no

se puede. Esta isla está maldita». A mí, la verdad, ya poco me importaba; ni la bolsa en la cabeza, ni el frío, ni siquiera las horas perdidas. Sólo pensé en los niños y sentí un escalofrío tan grande que, mire, mire mi brazo, se me pone la carne de pollo cada vez que recuerdo ese viaje.

Inv. n°: 659

Material: registro de audio WAV, 20,3 MB

Sala: Ch-M

**PIEZA Nº 157**

Joaquín Edwards Bello y monseñor Fagnano  
a bordo del vapor *Oravia*, 10 de enero de 1911

Tras la publicación de su primera novela, *El inútil* (1910), Joaquín Edwards Bello fue «convidado» por su familia a abandonar el país, para lo cual eligió como destino Río de Janeiro, donde pasó tres meses. En su viaje de regreso a Chile, a bordo del vapor *Oravia*, se encontró con monseñor José Fagnano, sacerdote salesiano encargado de la Misión San Rafael en Isla Dawson. De ese encuentro Edwards Bello realizó una entrevista que luego fue publicada en un periódico de la época y concitó encendidas protestas. Monseñor Fagnano le cuenta allí sobre «un triste personaje llamado Mr. Leemans», quien en un año había asesinado a 412 selk'nam por encargo de la Sociedad Explotadora de la Tierra del Fuego; además, narra «la odisea de un pobre indio ignorado», de las islas del sur cercanas a Ushuaia, casado con una hermosa mujer, que tuvo la mala suerte de hacer un negocio con un estanciero de la zona que le tendió una trampa para matarlo y quedarse con la mujer. Pero el indígena no murió; logró escapar y llegar a la ciudad para denunciar al estanciero, sin embargo fue apresado y condenado por la justicia de los blancos a cadena perpetua.

Cuando Edwards publicó la entrevista, sólo una de las declaraciones de Fagnano originó polémica: «Los pobres indios, después de haber sido despojados de las tierras de sus antepasados, viola-

das sus casas y robados sus animales, son tratados por los representantes de la civilización con la más inicua barbarie imaginable; he presenciado escenas tan horrosas que sublevarían las almas más crueles y los corazones más duros. Inútilmente he escrito a Santiago, a personas influyentes y generosas, para tratar de atajar estos atropellos, pero los criminales llevan nombres distinguidos y el temor a un escándalo ha hecho acallar el primer impulso de protesta, apagando la voz de la verdad».

Inv. n°: 661

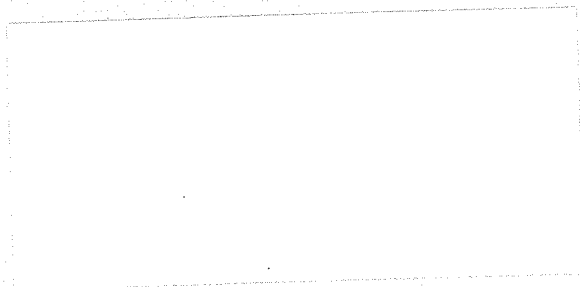
Material: gelatina de plata sobre papel

Dimensiones: 16 x 9 cm

Sala: P

**PIEZA Nº 226**

Colección de rifles de ovejeros de estancias en Tierra del Fuego



Nótese el rótulo de «Herramientas» que acompaña, en el cartel superior, la colección de armas pertenecientes a la Estancia Springhill.

Inv. nº: 673

Material: gelatina de plata sobre papel  
Dimensiones: 120 x 160 mm  
Sala: P

**PIEZA Nº 41**

Memorándum de la CIA [SECRETO] referente a los servicios prestados por Walter Rauff al servicio secreto israelí (traducción)

ARCHIVO NO. 43-7-23-84yl	FUENTE: PIR 6164
FECHA DEL DOCUMENTO: 24 marzo 1950Archivado	POR: [ ]
ASUNTO: WALBERG Janos – Sospechoso, Agente del S.I. israelí	

8. El compromiso del sujeto con el Servicio de Inteligencia de Israel encajaría en la imagen revelada por las conversaciones con [ ] acerca de la utilización de elementos nazis para la observación y la penetración en países árabes. El intento de enviar al conocido ex coronel de las SS Walter RAUFF a Egipto habría fallado, aunque con toda probabilidad (aún no ha sido confirmado) el Servicio israelí sí habría ocupado al sujeto, cuyos sentimientos y pasado no despertarían sospechas en Egipto de que fuera un agente judío.

Inv. nº: 677

Material: papel roneo mecanografiado  
Fuente: Oficina Central de Inteligencia, Estados Unidos  
Dimensiones: 279 x 216 mm  
Sala: R

**PIEZA N° 267**

Carta de Mauricio Braun a John Mc Rae (1894)

February 22 th/94

John Mc Rae Esq.  
Porvenir

Dear Sir,

Referring to the conversation that we had together regarding the Boqueron Indians & considering that it is to the interests of both of us to clear them away as soon as possible, I am willing to contribute with two thirds of the expenses to that effect & request you therefore to make arrangements at once to have three [ilegible] men put there under your control given them the necessary instructions so that they are able to carry out our wishes.

Yours faithfully,

M. BRAUN

Inv. n°: 683

Material: esquila

Fuente: Folio 387, Copiador de Cartas n° 5 (marzo 1893-marzo 1895). Archivo

«Mauricio Braun Hamburger», Museo Regional de Magallanes

Dimensiones: 119 x 156 mm

Sala: P

**PIEZA N° 268**

Carta de James C. Robins a la oficina de José Menéndez (fragmento)

J.C. Robins  
c/o Señor Don José Menéndez

Punta Arenas, Sud América  
Estancia «Primera Argentina»  
Río Grande

20 de julio de 1898

Mi querido amigo,

Estoy seguro de que antes de recibir la presente Ud. ha estado diciendo que el señor Robins anda por ahí perdido como todo el mundo. Bueno, al fin le escribo y, como ve, todavía estoy en Río Grande. (...) Estamos enterrados en la nieve, así que estoy adentro hoy. Puedo asegurarle que ha sido un trabajo muy duro poner las cosas en orden. Poco después de que Ud. se fuera los indios hicieron una incursión y robaron 1.300 ovejas de una vez, y recientemente han robado otras 1.200. El señor MacLennan ha recibido otro flechazo, esta vez en el centro de la espalda, y por suerte como yo tengo instrumentos quirúrgicos propios le saqué de la espalda media flecha de vidrio bien enterrada; él está bien ahora. Tenemos 15 soldados aquí cuyo deber es cazar indios, pero la cacería la hacen alrededor del fuego.

Los indios han quemado tres casas y de hecho han mantenido las cosas muy movidas, pero puede Ud. suponer que no siempre han salido bien librados. Ocho de nosotros salimos de aquí una noche y viajamos al sur, pasado «Punta María», con un indio como guía, y llegamos justo antes del



amanecer al punto más cercano al campamento indio; dejamos los caballos y caminamos una hora y 20 minutos a través del monte y pillamos alrededor de 70 allí durmiendo. Voy a correr un velo sobre los siguientes 5 minutos y dejarlo que suponga el resto.

Inv. nº: 691

Fuente: archivo de Alan J. Maryon, Wisbech, Inglaterra

Material: papel, roturado en las esquinas

Dimensiones: 279 x 216 mm

Sala: P

## PIEZA Nº 234

Relato de Mario Antillanca. Oficina de Turismo de Porvenir

Usted pensará que aquí a Porvenir viene mucha gente preguntando lo mismo, pero ¿me va a creer que nunca nadie me había preguntado por el viejo? Nos llegan turistas de todas partes, lo que más vienen son israelitas, y nadie nunca me ha preguntado. Y eso que podría decirles tantas cosas, si cuando se llevaron preso al viejo me acuerdo clarito... Eso fue allá en Punta Arenas sí, aquí nadie lo molestaba.

Mire, la comunidad internacional se espanta cuando se enteran de que un nazi vivió en Chile tranquilamente después de haber asesinado a 97 mil personas. Pero eso es porque la comunidad internacional no sabe que en Chile está lleno de Walter Raufts dando vueltas, oiga. Usted me pregunta por el Rauft, ¿pero cuántos vivirán aquí, piolita, con sus pensiones del Estado por servicios cumplidos como «soldados»? Una cosa no más le voy a decir: pocos no son. Si hay hordas de Walter Raufts aplanando las ciudades, criando hijos, criando nietos, enseñándoles cosas, libres, siendo considerados gente de respeto, porque son dueños, son jefes, son tíos, son tatas; está lleno de nazis alemanes que se vinieron a esconder plata para cuando sus superiores llegaran arrancando para acá... ¿Y qué me dice de los médicos y los milicos torturadores? Van a los malls, viajan al extranjero cuando quieren, envejecen y mueren en paz, rodeados de su familia, y las familias creen que se les murió un héroe, que fue salvador del país, y a nadie le importa, porque es Chile, y a nadie le importa Chile, si estamos en el culo del mundo, perdidos, donde la gente viene por turismo, a mirar focas, a mirar montañas, a ver cisnes [risas].

A la gente, a los extranjeros, no les importan los chilenos, para ellos somos una atracción más; la gente que mantiene

el paisaje y punto, este escenario bonito que visitan, y vienen aquí a asombrarse pensando en el poder de la naturaleza, en la belleza del planeta, en que todavía está la posibilidad de vivir en medio de la bruma. Sueñan con encontrar lugares donde uno puede ir de un pueblo a otro a través de kilómetros y kilómetros sin encontrar nada; les gusta este lugar con gente un poco extraña pero amable, pero en realidad la gente amable les importa un pepino. La naturaleza les gusta, pero por un rato no más.

Inv. n°: 701

Material: archivo de audio WAV, 6'21", 8,3 MB

Sala: Ch-M

## PIEZA N° 671

*El toro MacLennan*, de Betty Pinares (1917)

En sus últimos días el ex capataz de las estancias de José Menéndez, Alexander MacLennan, padeció varios episodios de *delirium tremens* en los que era visitado por los espíritus de los selk'nam que había asesinado de las más diversas maneras. Uno de esos episodios terminó con su huida del hogar a altas horas de la noche, y su consecuente desaparición durante algunos días. Al quinto día un peón lo encontró completamente desnudo, en cuatro patas, pastando junto a unas vacas. MacLennan mugía, porque se creía un toro. Una de las vecinas de MacLennan, Betty Pinares, aficionada a la pintura, realizó este cuadro que recuerda ese episodio. Aunque muchos aficionados al arte que conocieron el cuadro quisieron nombrar a Pinares como una de las creadoras sincrónicas del surrealismo, ella se negó hasta el cansancio, insistiendo en que la imagen reproducía un hecho completamente real.

Inv. n°: 709

Origen: donación de Bruce Chatwin

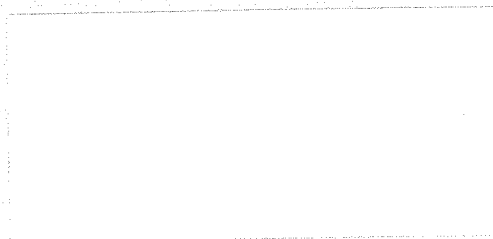
Material: óleo sobre tela

Dimensiones: 22 x 34 cm

Sala: Ch-M

### PIEZA N° 332

Oveja inflable



Este cuero de oveja relleno de aire lo usaban los colonos para resistir las largas temporadas de abstinencia sexual. En un principio, y sólo en casos de extrema necesidad, los estancieros lo hacían con ovejas vivas, pero con el tiempo se vio que estas transmitían graves enfermedades venéreas. El ingenioso colono canadiense Milton Carrington diseñó entonces este artefacto de cuero original, que posee un orificio que simula una vulva ovina, la que solía ser lubricada con grasa de lobo marino o aceite de comer. A este conducto seguía una prolongación más estrecha, hecha de tripa, que llegaba hasta el suelo para permitir que los líquidos seminales fuesen vertidos sobre una base de arena.

Se sabe que fue el capataz A.A. Cameron, de la Estancia Calteta Josefina, quien, tras encontrar el artefacto escondido en una bodega, encargó a Carrington su reproducción para otras instalaciones de la empresa. Carrington fabricó algunas piezas más, que fueron distribuidas para uso colectivo. Aunque no aparece en los inventarios de las compañías explotadoras, este dispositivo fue de gran utilidad para mantener el temple de los estancieros en las dilatadas jornadas patagónicas, y para evitar líos entre operarios solteros y aquellos que vivían con sus esposas.

Inv. n°: 719

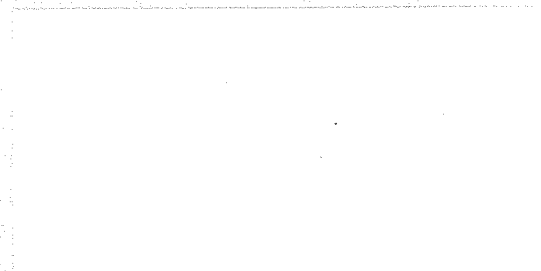
Dimensiones: 130 x 90 x 65 cm

Origen: donación

Sala: Ch-M

### PIEZA N° 63

Colección de carteles de El Páramo



Estos tres carteles corresponden a la estancia El Páramo de J. Popper, y hacen referencia a la segmentación que existía en el lugar para definir los espacios de uso exclusivo de trabajadores blancos e indígenas.

El cartel de la izquierda indicaba el acceso a los baños para hombres blancos (flecha baja) y a la puerta de salida (flecha superior); el de la derecha se usaba para indicar las diferentes casetas de entrega de alimentos.

Inv. n°: 727

Material: cartón y madera

Dimensiones: 70 x 35 cm c/u

Sala: Ch-M

### PIEZA N° 703

La real realidad

La realidad es una bruma salpicada de imágenes difusas: no alcanzan a ser dibujos, sino trazos, acaso puntos. Sobre esos fragmentos proyectamos nuestra mirada, y esta nos devuelve una imagen subjetiva que interpretamos según nuestros recursos, para asumirla como real. A veces hay escenas o grandes objetos que se muestran mejor, más visibles: traspasan los límites de la niebla y nos dan pistas algo mayores; así nuestra percepción termina de construir lo que falta y entrega al cerebro una imagen que vemos nítida, porque lo necesitamos. Es duro vivir entre fragmentos. Es la constancia de vivir entre ruinas, las ruinas de algo que fue, o será. No podemos saber, porque así funciona la existencia: estrellas que explotan o se funden para crear planetas o agujeros negros; materiales que están viajando constantemente hacia la destrucción o la creación; sólo vemos la corriente, el flujo de partículas, pero no su dirección.

Inv. n°: 733

Origen: escrito en libro de visitas del antiguo museo

Material: hoja de cuaderno rayada con tinta azul

Dimensiones: 110 x 77

Sala: Ch-M

### PIEZA N° 666

Acumulación de pieles en Estancia San Gregorio (2014)

En uno de los galpones abandonados de la Estancia San Gregorio, ubicada a 180 kilómetros al norte de Punta Arenas, es posible encontrar esta inmensa acumulación de cueros ovinos. Las pieles tienen todavía partes óseas adosadas a la piel, como costillas, cabezas completas, algunas vértebras, ofreciendo un escenario dantesco. Además, sobre algunas de las pieles hay manchas de basura de todo tipo, desde latas de cervezas hasta envases de alimentos vacíos. Se desconoce cuánto tiempo llevan abandonadas estas pieles, que no alcanzaron a ser curtidas para ofrecerse como vellones. Tampoco se trata de ovejas esquiladas. Considerando que la estancia cesó su funcionamiento a finales de los años setenta, pueden ser unos treinta o cuarenta años.

Inv. n°: 739

Origen: donación

Material: archivo RAW

Sala: s/l

### PIEZA Nº 13

Testimonio del numismático R.H.,  
dueño de la tienda Águila y Sol de Santiago (2003)

Empecé con lo de la numismática de chico, por una herencia de mi abuelo. En realidad no fue una herencia, pero a mí me gusta decirlo así, para que suene más interesante. Lo que pasa es que en el tiempo de la Unidad Popular estaba la cagada en el país. Los bancos cerraban de un día para otro, congelaban los fondos, y era mejor tener plata guardada en el colchón para comprar las cosas que escaseaban. Mi abuelo tenía siempre mucha plata guardada en cajas de metal, billetes y monedas. Tenía tantos escudos que cuando el Gobierno Militar decidió cambiar de escudos a pesos en el 75 sencillamente el viejo no alcanzó a cambiar todo lo que tenía, y se quedó con cajas llenas de monedas inservibles. Pero eso no fue problema, porque ese mismo año se creó la Polla Gol y mi abuelo empezó a jugar. Como era constructor, se hizo una buhardilla en su casa de Ñuñoa, y ahí se iba a encerrar para que nadie lo molestara. Tenía un socio, el famoso mago de la Polla Gol, y con él se la ganaron no una, sino cuatro veces.

Cuando yo tenía como ocho años, por primera vez el abuelo me dejó entrar a su oficina. Era un lugar increíble. Tenía colecciones de revista *Playboy*, fotos con jugadores de fútbol, pósters, diplomas antiguos. Una vez, intruseando, le encontré una caja llena de monedas. Le pregunté de qué eran y ni siquiera me respondió: «Llévatelas si quieres». Metí las que pude en una lonchera de ColaCao que tenía en ese tiempo y me las llevé para mi casa. Pasé varios días leyendo lo que decían, y hasta las usaba para jugar con mis amigos. Los cabros del barrio pensaban que era rico. Una vez le regalé una a un vecino, pero me enojé porque al día siguiente llegó

diciendo que su papá le había dicho que no valían nada. Dejé de mostrarlas.

Cuando mi abuelo murió yo tenía diecinueve años. Estudiaba Ingeniería Comercial en la Católica. No viajaba, pero tenía amigos que iban al extranjero de vez en cuando y les pedía que me trajeran monedas de afuera para sumarlas a mi colección. Después me quedé con las *Playboy* y las estampillas de mi abuelo. Aprendí a poner los sobres encima del vapor de la tetera para que el pegamento se despegara, y compré un álbum para meter ahí las cosas.

Fui un coleccionista amateur hasta que me puse a trabajar, y como era soltero, sin hijos y tampoco tenía polola empecé a ahorrar para comprarme monedas y estampillas más valiosas. Frecuentaba las tiendas, oía conversaciones; los encargados me fueron agarrando buena y contándome las mejores técnicas para conseguir piezas de valor a bajo precio. Siguiendo sus consejos puse un aviso en el diario: «Compro antigüedades». Para nada me interesaban los muebles, pero la gente no sabe que al vender un estante o una cajonera se desprenden de objetos valiosísimos que hay adentro.

Fue así que logré hacerme de una moneda del bloqueo a Caldera, de cuando las naves *Blanca*, *Berenguela* y *Vencedora* bloquearon ese puerto por diez días. Estaba en un frasco de mermelada, junto a otras monedas inservibles, en la encimera de una casa cualquiera. La siguiente pieza valiosa me la encontré sobre un paño, en el puesto de un cachurero del Bío-Bío. Me sorprende en realidad cómo la gente se pone a vender cosas sin tener idea de lo que valen. Esta moneda que le digo es una que se hizo en 1828, cuando Coquimbo abrió su propia Casa de Moneda. El tipo la tenía en un grupo de escudos y de monedas argentinas del año ñauco, junto a una calavera original. Le pregunté cuánto valía la calavera: «Es verdadera, era de un fulano». Sólo para mosquearlo le iba a preguntar cómo se llamaba el finado, pero insistí en

el precio porque en realidad me dio curiosidad. «Se la dejo en doscientas lucas», dijo. «Muy caro», le dije, y luego, con el tono del consumista ocasional que se muere de ganas de gastar los pesos en cualquier cosa: «Y las monedas, ¿a cuánto las tiene?». «Sacar a quinientos», me dijo. Y ahí es cuando yo pienso que al final el valor que tiene uno como comprador, me refiero a la *expertise*, al *know how*, es saber hacerse el huevón. Si hasta me dio cosa cuando estiré la mano para tocarla, pensé que me diría que era broma, que sabía que los coleccionistas pagarían \$25 millones por ella. Pero no me dijo nada. Y yo, cara de póker, le compré cuatro con \$2.000. «Pa' la suerte», le dije. Y perdóname que te cuente esto, pero te juro que tuve que pasar a un baño porque el vértigo no me lo pasaba con nada.

Ahora, de todas las monedas que tengo, la más valiosa es una que no existe. O sea, existe, porque la tengo, pero es tan rara, pero tan rara, que cuando la muestro me dicen que la inventé. Es una moneda de Popper.

Yo había escuchado hablar de las monedas de Popper, quién no. Más como reliquia de provincia y con el valor que les da que sean de puro oro, aunque igual son bien caras. Te puede costar unos \$8 millones una, bien pagada. La mía la encontré en un viaje a Valparaíso. Tengo la costumbre de pasearme por la plaza O'Higgins. Había bisagras, clavos de ferrocarril, fotos de gente muerta, lo de siempre. Un tipo tenía libros viejos, y encima de uno esta moneda, más rara que nada. Era una moneda Popper, sí, pero en el sol –no se le dice reverso– tenía un águila germánica. Oro puro; un gramo. Por un lado la inscripción típica: «Tierra del Fuego – Popper – 1889», pero del otro lado el águila imperial.

Creo que me vio la cara de extrañeza, porque con un tono de voz así como de poeta me dijo: «Esa moneda es única». No me iba a delatar dándole la razón, así que sólo dije: «Es bonita. ¿A cuánto la tienes?». «Es de oro puro. Cuatrocientas lucas.»

Lo miré. Quizás al hacerlo me acusé, porque yo estaba dispuesto a pagarle un millón. «Es la moneda de la Ciudad de los Césares», agregó. «Chuta, qué caro», me quejé, y me fui a dar unas vueltas. Después volví y le propuse un cheque. No aceptaba cheques. Urgido ya, le pedí su número de cuenta para hacerle una transferencia: en cualquier momento me subía el precio y me dejaba en la ruina.

Ahora yo muestro la moneda y todos se apuran en decirme que me cagaron, que el águila –a mí no me gusta decirle «anverso»– es de una Popper verdadera pero el águila imperial en el sol no, que la grabó un nazi fanático. Puede ser, la verdad, pero para mí es una inversión. Es una moneda única y estoy seguro de que si alguna vez tengo hijos y ellos tienen hijos, se la voy a dar a uno de mis nietos, a ver si la valora, por último como recuerdo.

Ahora mi proyecto es más sencillo: acabar con las monedas de \$10. Pero no cualquiera, por supuesto, sino las que tienen estampadas, en el águila, la figura de la Libertad rompiendo sus cadenas, el 11 de septiembre de 1973. Y no la de cualquier año sino las de 1985, porque esas algún día serán las más valiosas. En los años anteriores, desde 1981, se acuñaron 55 millones, 45 millones o 30 millones de monedas como esa, todas con los números gruesos, pero en el 85 se hicieron sólo cuatrocientas mil. Después empezaron a hacerse con los números delgados, hasta el 90, cuando en el águila la imagen de la Libertad se remplazó por la de Bernardo O'Higgins.

Es que en ese año volvió «la democracia».

Inv. n°: 743

Material: archivo de audio, WAV, 13 MB

Sala: R



## PIEZA Nº 266

Defensa del abogado Esmagardo Campaña en el sumario sobre vejámenes inferidos a indígenas de la Tierra del Fuego

En lo principal responde; en el otrosí inutilice el papel agregado S.J.L.

E. Campaña por don Alejandro A. Cameron, Matías Madzen [sic], Kenneth Mac Leod, Gregorio Prado y Jacob Nilsen en el sumario sobre vejámenes inferidos a indígenas de la Tierra del Fuego, respondiendo al traslado de fs. a U.S. respetuosamente expongo: que el juzgado se ha de servir resolver como solicitaré a la conclusión.

(...) Un viajero, perdido en la inmensidad de las pampas patagónicas, refiere al regresar a Punta Arenas sus aventuras y peligros. De sobremesa, refiere a sus atónitos oyentes que, desprovisto de recursos, sin esperanzas de auxilio y acosado por el hambre dio muerte a una tierna criatura indígena y comió su carne. Culpable de este hecho, por desgracia tan frecuente en la historia de los naufragios y de los abandonados a su propia suerte, no es la imprevisión del viajero, no es siquiera la fatalidad o el destino. Es sencillamente don Manuel Señoret. Por lo demás, ¿quién es este desgraciado aventurero? El acongojado declarante no lo dice (fs. 120). ¿Cómo y dónde pudo dar caza a un indio sin que él mismo, solo y abandonado y rendido por la extenuación, no fuera víctima de los indígenas? Misterio que el declarante no descubre. Un día, el administrador de una estancia ofrece comprar por una libra esterlina cada cabeza o cada nariz de indígena. Evacuadas las citas de esta declaración, resulta falso y calumnioso el hecho; pero esto no impide que el único culpable de este crimen imaginario sea el ex gobernador D. Manuel Señoret. Otro día, un viajero descubre en su camino el cadáver de un indígena y, cerca de él, el cadáver de

una mujer, también indígena. Esta última estaba media asada. La exaltada imaginación del declarante constituye con estos antecedentes todo lo arbitrario de un crimen, cuyo responsable directo, si no el único causante, es siempre el ex gobernador don Manuel Señoret. Por lo demás ningún antecedente acredita el hecho relatado y nadie se preocupó siquiera de dar aviso a la autoridad correspondiente de tan fúnebre hallazgo.

(...) Y a la verdad que se hace difícil, señor juez, concretar esos cargos. Los millones de tiros a balas enviados a Tierra del Fuego; el niño que se comió el viajero; los cargamentos de rifles, suficientes para armar un ejército; la india consumida por misteriosa llama; los niños recogidos en árguenas; las narices indígenas vendidas a razón de libra esterlina cada una, todo, todo esto, es indudablemente muy conmovedor y al considerar que con tan preciosos elementos se podría componer dramas, comedias, tragedias y sainetes uno no puede menos de exclamar «Lástima grande que no sea verdad tanta belleza».

No puede, sin embargo, desconocerse un hecho de capital importancia, cual es de la notoriedad impresa a este sumario con relación a la conducta funcionaria del gobernador Señoret.

El país entero ha podido imponerse de que en este apartado territorio se libraba una lucha sin cuartel contra el glorioso marino Manuel Señoret. El cambio radical de intendentes y gobernador verificado en junio del año próximo pasado fue una oportunidad que se explotó para obtener la separación del gobernador, inútilmente buscada por todo camino durante cuatro años consecutivos. Las rencillas lugareñas iban a obtener esta vez una extraña victoria. En vez de la separación bochornosa que se esperaba y se pedía, el gobernador Señoret fue elevado de jefe administrativo de una apartada y naciente colonia al rango de jefe del primer apostadero naval de la América del Sur. Así castigaba el Supremo Gobierno al que se había pretendido presentar como autor de tantos y tantos crímenes.

Para dar forma y vida, aunque ficticia y pasajera, a la acusación relativa a la matanza de indios, era necesario buscar cómplices al gobernador en el territorio mismo en que habitan los indígenas. Cargó la designación en don Alejandro Cameron, Matías Madzen [sic], en Jacob Nilzen [sic], en Gregorio Prado y Kenneth McLeod. Para examinar en todo su valor la culpabilidad de los nombrados se hace necesario recordar algunos antecedentes. Entregada a la industria particular una parte considerable de la Tierra del Fuego, se comenzó a cerrar los lotes de terrenos concedidos. Los indígenas, que antes recorrían libremente toda esta porción del continente, se vieron así reducidos más y más cada día. Las escenas de vandalaje que por esta misma causa se produjeron y se producen hoy mismo en la antigua Araucanía, iban a repetirse en la Tierra del Fuego. Los indígenas de esta última región no podían oponer la fuerza de la defensa a la fuerza de la ocupación.

Vencidos por la civilización, pero no sometidos al nuevo orden de cosas, los indios buscaron en el robo y en el pillaje no sólo la venganza sino también los elementos de vida de que se veían privados en su nómade existencia. Cada oportunidad favorable la aprovechaban para desalambrar las cercas y destruir centenares y miles de ovejas. Llegó la intensidad de estas depredaciones hasta sacrificar animales en cantidad suficiente para construir puentes que cruzaban quebradas enteras y pequeños ríos. La prolongación de un estado de cosas semejante mataba sin duda alguna la naciente industria de ganadería instalada a costa de indecibles sacrificios. Por lo demás, se trataba de amparar y hacer respetar la propiedad particular contra los ataques de ladrones organizados, a veces, en grandes cantidades. Fue una de estas correrías de los indígenas la que ha motivado el presente sumario.

A mediados de 1895 una partida de estos, ascendente a ciento sesenta, atacaron la propiedad conocida con el nombre de Sociedad Explotadora de la Tierra del Fuego. Rompieron

los cercos y se dispusieron a repetir los robos, ya muchas veces realizados. Conocido el hecho por el Sr. Cameron, administrador de la propiedad, salió en persecución de los ladrones, haciéndose acompañar de las cuatro personas antes nombradas. Dos días duró la persecución y al cabo de este tiempo los merodeadores fueron alcanzados. Se habían parapetado y evidentemente su propósito era resistir. Se les intimó rendición y ellos provocaron la lucha disparando sus armas contra el Sr. Cameron y sus compañeros. Si de parte de estos hubiera existido el propósito de ultimar a los perseguidos, la tarea habría sido sencilla y corta. Se batían cinco hombres armados de rifles modernos contra una partida de indígenas armados de flechas. Y que la persecución revestía los caracteres más humanos que es posible imaginar lo demuestra el hecho de que, desde el descubrimiento del campamento indígena hasta la rendición de estos, transcurrieron casi dos días. Este solo hecho, dadas las condiciones de la jornada, es el mejor y más incontestable testimonio de la manera fundante y humanitaria con que procedió el Sr. Cameron, y sus acompañantes. Dados estos antecedentes y la porfiada resistencia de los indígenas, no puede causar extrañeza el que después de tantas horas de porfiada resistencia resultara uno o dos indígenas heridos, e incluso un muerto, según se dice. Rendidos estos por fin y debido a la impotencia en que les colocaba su falta de alimento más bien que a la presión que sobre ellos ejerciera la presencia del Sr. Cameron y demás, fueron conducidos al establecimiento de la Sociedad Explotadora en donde se les proporcionó alimento. Comunicada la noticia de la captura a las autoridades de la Colonia, dispusieron estas que los indígenas fueran trasladados a Punta Arenas, como efectivamente se hizo. Las numerosas declaraciones que corren en autos confirman en todas sus partes lo relacionado. Ahora bien, ¿cuál es el delito cometido por el Sr. Cameron y demás? ¿Defender la propiedad? ¿Perseguir a los ladrones?

Aquí debería, señor juez, terminar esta presentación; pero se ha dedicado considerable espacio en este sumario a la suerte que en Punta Arenas corrieron los indígenas capturados. Llegados a la Colonia, el gobernador nombró una comisión compuesta de respetables vecinos encargada de atenderlos en cuanto las circunstancias lo permitían. Que la honorabilidad de esta comisión está muy por encima de todo comentario desfavorable, se demuestra suficientemente con el recuerdo del hecho de que la presidía el dignísimo caballero que desempeña el doble cargo de cónsul de Inglaterra y Alemania [Stubenrauch]. Que se produjeron escenas más o menos tristes con motivo de la repentina llegada de ciento sesenta indígenas a un lugar en donde no había comodidad para recibirlos, es natural, y más que natural es inevitable. Pero el resultado obtenido con el procedimiento que se adoptó no puede ser más halagador para la humanidad y la civilización, pues hoy esos infelices, arrancados a la barbarie, viven tranquilos en medio de la Colonia, teniendo a su alcance todos los recursos necesarios para procurarse una existencia tranquila y holgada.

Con lo expuesto, a US. suplico se sirva ordenar se tenga por presentada esta contestación y de acuerdo con lo dictaminado por el señor promotor fiscal sobreseer definitivamente en este sumario.

[Firma Campaña]

[Fojas 290 a 300 en blanco, reemplazadas por la declaración de Campaña]

Inv. n.º: 751

Material: papel, página de registro del juzgado civil

Dimensiones: 297 x 210 mm

Sala: P

## PIEZA N.º 6

Retrato en carromato de la familia Braun Hamburger  
antes de zarpar del puerto de Libau, Mar Báltico, *circa* 1870

Este grupo de aspecto humilde sobre un carromato tirado por dos caballos es la familia Braun Hamburger, a la sazón compuesta por los padres Elías Braun y Sofía Hamburger, y los tres hijos mayores, Sara, Moritz y Oscar. Elías y Sofía habían sido educados según la tradición judaica de rito askenazi.

La fotografía fue tomada cuando se aprestaban a dejar Europa para dirigirse a América. Según el historiador Mateo Martinic, «para los judíos que vivían confinados en la sección más occidental del imperio, desde Kurlandia y Livonia, pasando por Lituania, Polonia, Galitzia y otras regiones vecinas, hasta Besarabia y Crimea en el sur, el siglo XIX fue particularmente duro. En efecto, el zar Nicolás I (1825-1855) inició la política de “rusificación”, obviamente forzada, que impuso regulaciones restrictivas respecto de la propiedad, la residencia, la educación y el empleo. La situación mejoró un tanto bajo Alejandro II (1855-1881), pero se agravó después de su asesinato, que se atribuyó a judíos. Una ola de antisemitismo recorrió la faja occidental del Imperio Ruso y los pogromos (castigos masivos) periódicos se sucedieron a partir de entonces, junto con nuevas restricciones. (...) Tal situación hizo ciertamente inconfortable la vida de las comunidades judías y motivó al fin una corriente migratoria constante hacia América...».

La familia Braun siguió un largo derrotero antes de llegar a Chile. Primero recalaron en Hamburgo, luego en Londres, desde donde fueron aconsejados de viajar a Argentina. Una vez en Buenos Aires, las difíciles condiciones amenazaron con hacerlos regresar, pero finalmente optaron por ir a Paraguay. En ese país, Elías entró en contacto con autoridades de Chile, que habían extendido una oferta para inmigrantes europeos que ayudaran a poblar los descampados patagónicos. Consistía en pasajes sin costo, una parcela de terreno de 25 hectáreas, la ínfima suma de \$12 chilenos (60 francos), 300 tablas y 46 libras de clavos, además del derecho a cortar en el bosque para obtener la madera que hiciese falta para edificar una vivienda e instalaciones; dos vacas, una parida y otra seca, y una yegua; y por último, ración alimentaria para seis meses. Todo ello a pagarse anualmente por décimas partes, a contar de los tres años del arribo al territorio. Además, se ofrecía asistencia médica e instrucción escolar primaria gratis.

Una vez establecidos en América la familia terminó por completarse. En Paraguay había nacido Ana; en Punta Arenas nacieron Fanny (1876), Mayer (1878) y Juan (1879).

Inv. n°: 757

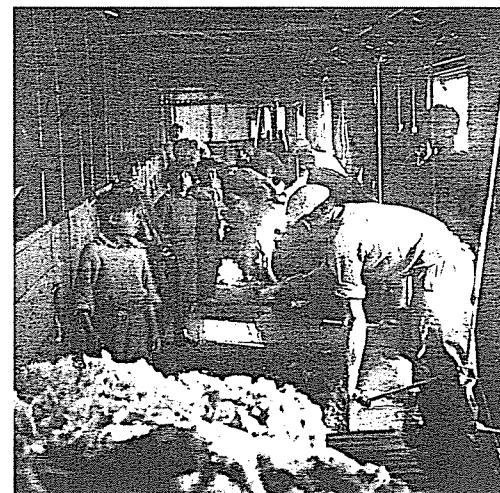
Material: gelatina de plata sobre papel

Dimensiones: 16 x 19 cm

Sala: P

## PIEZA N° 163

Niños selk'nam esquilando ovejas en Estancia Pogromo *circa* 1886



Inv. n°: 761

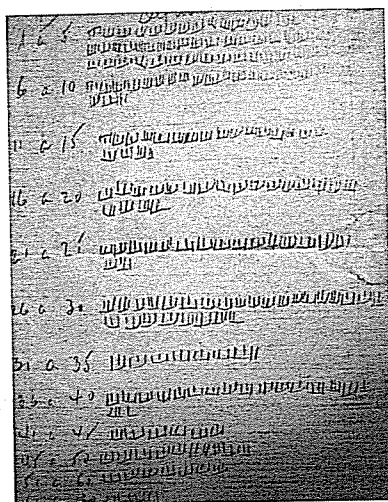
Material: impresión en papel a la albúmina

Dimensiones: 18 x 16 cm

Sala: s/l

# PIEZA Nº 101

Defunciones de indios en Misión San Rafael, según rango etario



1	6	10	15	20	25	30	35	40	45	50	55	60	65	70	75	80	85	90	95	100
1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21

Inv. n°: 769

Fuente: Archivo Central Salesiano. Obtenido del blog [reydelapatagonia.blogspot.com](http://reydelapatagonia.blogspot.com), de José Luis Alonso Marchante

Material: hoja de cuadernillo con inscripciones en tinta azul

Dimensiones: 20 x 16,7 cm

Sala: P

# PIEZA Nº 156

Fragmento correspondiente a la resolución del juicio «Vejaciones...»

Maur [ ] Braun S. dice:

Que el juicio seguido contra el señor A.A. Cameron y otros por muerte y vejaciones de Indios ha sido fallado por la Corte de Valparaíso absolviendo a los acusados.

A fojas 49, 226, 255 y 262 corren las fianzas que he dado a favor de los señores A.A. Cameron, Jacobo Nielsen, Gregorio Prado, Matías Matzen y Kenneth MacLeod. Aunque de hecho estas fianzas han quedado canceladas.

Sírvase U.S. así declararlo

Es justicia, etc.

Inv. n°: 773

Material: papel ajado

Dimensiones: 18 x 12 cm

Sala: P